M. R. P. Fr. Ambrosio de Valencina

# Mi viaje a Oceanía

HISTORIA

DE LA

## FUNDACIÓN DE LAS MISIONES CAPUCHINAS

EN LAS

## Islas Carolinas y Palaos

POR EL M. R. P.

**Fr. Ambrosio de Valencina**

*Exprovincial de la de Andalucía*

Quinta edición

SEVILLA

Imp. de la Divina Pastora

1917

Es propiedad: Queda hecho el depósito que marca la Ley.

# INTRODUCCION

En la primera edición de este libro puso su autor, a manera de prólogo, una introducción interesante, que al pié de la letra decía así: «Acabamos de llegar de unas islas muy remotas, que hace tres siglos vieron con asombro ondear en los aires el pabellón español, y oyeron por vez primera la sonora habla de Castilla; de unas islas hermosas, diseminadas acá y acullá en la inmensidad del Océano Pacífico, como las estrellas en la anchurosa bóveda del firmamento; de unas islas, en fin, reciente objeto de la ambición alemana, y conocidas en el mundo con el nombre de Carolinas.

Propios y extraños, religiosos y seglares nos preguntan: Qué son las islas Carolinas? Cuál es la naturaleza y fertilidad de su suelo? Cuál la vida y costumbres de sus habitantes? En qué grado de civilización se hallan? Cómo se avienen con los españoles, y sobre todo con los misioneros? Cuál es el estado actual de aquéllas misiones? Con qué podemos contribuir a su propagación y aumento? Qué se puede esperar con fundamento de aquéllos naturales? Y, en fin, qué nos cuentan ustedes de su largo viaje por esos mundos de Dios?

A todas estas preguntas, o mejor dicho, exigencias de la amistad, voy a responder, tegiendo ordenadamente la relación de nues-

tro viaje y exponiendo con claridad lo que he visto con mis ojos y tocado con mis manos. Voy, pues, a narrar fielmente la historia de la fundación de nuestras misiones en las islas Carolinas, y lo que allí están haciendo actualmente nuestros misioneros por el bien de aquellas pobrecitas almas; pero antes me parece conveniente consignar aquí la causa que motivó la fundación de dichas misiones, para tomar las cosas desde su origen.

Alemania en su ambición, viendo que nuestros gobiernos tenían descuidadas hacía ya largo tiempo las islas Carolinas, pretendió usurpárnoslas, plantando allí su bandera con admiración del mundo entero. España se levantó como un sólo hombre a protestar contra ese acto de piratería, comprometiendo de tal modo a los alemanes, que estuvo a punto de estallar la temida guerra europea.

Sometido el asunto al arbitraje de la Santa Sede, N. S. P. León XIII dió la razón a quien la tenía, y las Carolinas quedaron por nosotros. Entonces fué cuando el Rmo. P. Provincial de nuestra Orden en España Fray Joaquín María de Llevaneras, se ofreció al gobierno para enviar misioneros a dichas islas, con tal que nos concedieran los privilegios que gozan (1) las otras órdenes religiosas, que tienen misiones establecidas en nuestras colonias oceánicas; y obtenida la concesión, marcharon doce religiosos para dichas islas el 1.° de Abril de 1886.

Estos religiosos que iban a establecer dos

(1) Desgraciadamente este *gozan* es hoy *gozaban*; como el *tiene* que sigue es *tenían*, pues hace años que todo aquello se perdió, como saben los lectores.—N. del E.

misiones, una en las Carolinas orientales y otra en las occidentales, fueron los que siguen: M. R. P. Saturnino de Artajona, R. Padre Fidel de Espinosa, R. P. Agustín de Aríñez, Fr. Gabriel de Abertezga, Fr. Miguel de Gorriti, Fr. Benito de Aspa; los seis con destino a las orientales; y para las occidentales el R. P. Daniel de Arbácegui, R. P. Antonio de Valencia, R. P. José de Valencia, Fr. Crispín de Ruzafa, Fr. Eulogio de Quintanilla y Fr. Antolín de Oribuela.

En el camino murió el R. P. Fidel de Espinosa, y esta muerte inesperada, ciertas dificultades que tuvieron los misioneros de las orientales para trasladarse a su destino, y el haberse de crear una procuración en Manila, para atender a las necesidades de las misiones, motivó la segunda expedición, en la cual fuí como Secretario del Rvmo. P. Provincial.

Esta expedición la compusimos dicho padre y yo; el P. Luis de Valencia, que fué a reemplazar al difunto P. Espinosa; y el Padre Berardo de Cieza, con los hermanos Fr. José de Irañeta y Fr. Justo de Eraul, que iban a la procuración de Manila. Nuestro largo viaje en esta segunda expedición es lo que voy a narrar en la primera parte de este escrito, y en la segunda la fundación de nuestras misiones en aquellas remotas islas.

# I

*Barcelona: despedida en el vapor.*
*Noche pasada en el golfo de Lión. Túnez,*
*Cartago y Malta.*

ERA la tarde del 1.º de Diciembre de 1886. Barcino, la industrial Barcino, presentaba un movimiento extraordinario. Cien carruajes volvían de su puerto y otros tantos se dirigían a él. Entre estos últimos iban los que conducían al muelle a los PP. Capuchinos, que, sacrificándose en aras de la religión y de la patria, marchaban animosos a tierras desconocidas. La frescura del viento y cierto olor de marisco, que en sí traía, nos anunció la proximi-

Puerto de Barcelona

dad del mar. Bajamos de los coches, que se habían parado a orillas de las aguas, y saltamos a las lanchas que iban a conducirnos a bordo del vapor *Isla de Mindanao*. Los barqueros, cantando en su lengua catalana y cubriendo el mar de espuma con los golpes de los remos, nos llevaron al buque, donde pudimos contemplar por vez primera en su conjunto la capital del principado. Mil chimeneas, arrojando blanquecino humo, coronan las inmensas moles de sus grandes fábricas; edificios construidos elegantemente, paseos anchurosos, calles rectas y espaciosas se descubrían por todas partes: numerosa flota, que le trae las riquezas del Oriente, estaba anclada en su puerto: a su lado se levanta Monjuit como un gigante armado, puesto de centinela para guardar riqueza tanta: y a sus pies se extiende la llanura, donde descansa la ciudad condal, como perla en el centro de su concha.

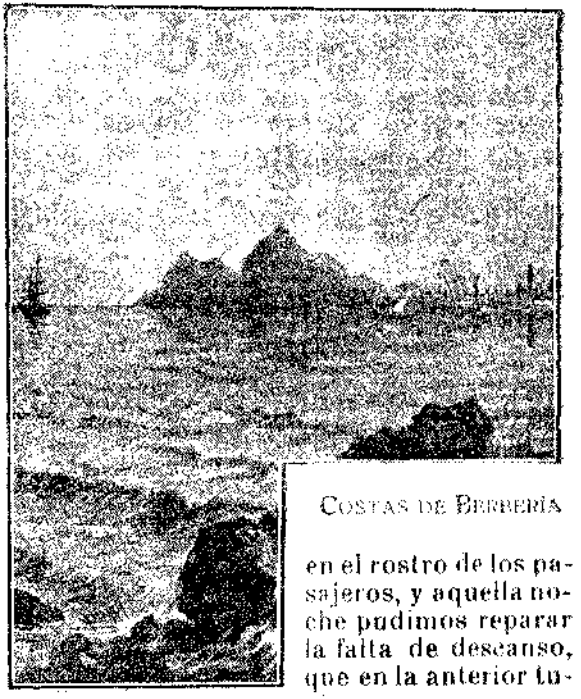
El astro del día, que caminaba a su ocaso, hería con tibios resplandores el metal bendito que corona las altas torres de Barcelona y rellejaba en los cristales de mil edificios. Absortos contemplábamos aquel cuadro, cuando nos sacó de nuestro enagenamiento la gritería de los marinos, que levantaban el áncora con grandes esfuerzos. Entonces oímos los sollozos de nuestros hermanos, que tiernamente se despedían. No acertábamos a separarnos; pero un cañonazo, que anunció la proximidad de la marcha, nos obligó a hacer los últimos esfuerzos. Limpiándonos los ojos y dándonos el postrer abrazo, bajaron ellos a las lanchas, deseándonos un viaje feliz. Las barquichuelas partieron para el mue-

lle, a tiempo que el vapor se ponía en movimiento. Unos a otros nos dirigimos frases consoladoras, y cuando la distancia no dejaba ya oir la voz, flotando al aire los pañuelos nos despedíamos hasta que al fin los perdimos de vista. Nuestra primera diligencia fué rezar *Itinerarium clericorum*, encomendando nuestro viaje a la Virgen Santísima y al Arcángel Rafael.

Cuando apenas se divisaba ya la cumbre del Montjuit, descubrimos las Baleares, últimas tierras españolas que el viajero puede contemplar. No pudimos nosotros contemplarlas, porque vimos con temor que el golfo de Lyón estaba furiosamente alborotado. ¡Oh qué noche tan terrible pasamos en él! No parecía sino que el implacable demonio, a quien adoró la gentilidad bajo el nombre de Neptuno, dios de los mares, revolvía el fondo del mar con su tridente y acorneaba el vapor, bamboleándolo del uno al otro lado. Una oleada furiosa acometió a la nave por babor, hundiendo el costado opuesto en las aguas, que entraron impetuosas dentro de la embarcación. Al terrible vaivén, muebles y algunos pasajeros van rodando por el suelo: maletas, baules y demás utensilios del pasaje, el cual se acercaba a la cifra de mil personas, caen precipitados, formando un ruido espantoso, que se confunde con el llanto de las mujeres y de los niños: resultando de todo esto un grito sofocado que aumentaba la confusión y el desorden. La noche fué noche de llanto, de vómitos y gritos de pavor. Ah! yo no sé qué alivio hallaría en su aflicción el que no confiara en tí, oh Estrella de los mares!

Al otro día el Sol se levantó despojado de

sus rayos, a causa del turbio celaje que cubría el firmamento. Un ventecillo suave, que venía de la parte del poniente fué despejando poco a poco el horizonte: por la tarde el cielo estaba claro y el agitado mar había entrado en calma. La animación volvió a pintarse



COSTAS DE BERBERÍA

en el rostro de los pasajeros, y aquella noche pudimos reparar la falta de descanso, que en la anterior tuvimos.

Al día siguiente divisamos a lo lejos la costa de Berbería. Los cabos Blanco y Bon se introducen soberbios en las aguas, cual si fueran dos gigantes, que se disputan el

dominio del golfo de Túnez. El viajero vé con dolor que aquellas olas, que corren a su vista, van a estrellarse en las ruinas de Utica y de Cartago, al pie de la colina donde estuvo edificado el palacio de Dido. Mentira parece que estas playas, pobladas hoy de mahometanos semibárbaros, sea la patria de Aníbal y de aquellos cartagineses rivales de los romanos. Pero lo que parece más increible todavía es que aquella sea la patria del fogoso Tertuliano, del retórico Lactancio, del esclarecido Cipriano, del incomparable Agustino, y de otros grandes hombres que llenaron el mundo con la fama de sus nombres inmortales.

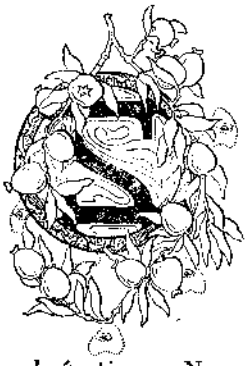
Perdimos de vista al cabo Bon y despidiéndonos de los promontorios de la isla Pantelaria, empezamos a caminar por un mar bonancible y sosegado. Allí, pidiendo a la Escritura sus imágenes sublimes, recordamos el momento solemne, en que a la voz del Altísimo el mundo salía de la nada y el espíritu de Dios se paseaba sobre las aguas silenciosas. Qué ridícula nos pareció entonces la diosa de la fábula, saliendo de un mar de espuma y volando por el aire en el carro de las Horas. Nos reímos de estas ficciones paganas, y compadeciendo a la necia gentilidad, dimos gracias a Dios, por habernos iluminado con la luz de la verdad.

Estas eran nuestras conversaciones ordinarias en aquellos primeros días. Una tarde nos anunciaron que a nuestra izquierda se descubría el archipiélago de Malta, isla que Carlos V cedió a los caballeros de San Juan de Jerusalén, y que ellos convirtieron en baluarte del mundo cristiano contra el poder

de los turcos. Distinguimos uno de sus faros, y al perderlo de vista, dirigimos una plegaria a la Luz verdadera, que ilumina a todo hombre, que viene a este mundo, y después nos quedamos contemplando el hermoso firmamento, donde las estrellas se complacen en lucir para el Dios que las ha creado.

## II

*La isla de Cáudio. Creta.*
*El Golfo de Alejandría. Damieta. Egipto.*
*Port-said.*



Seis veces se había el sol levantado en el oriente, y estaba próximo a sumergirse otras tantas entre las ondas, cuando un marinero anunció con el signo de costumbre, que a nuestra izquierda se descubría tierra. Nos pusimos a observar y divisamos a lo lejos la islita de Gáudio. Todavía nos alumbra el crepúsculo vespertino, y ya veíamos el alto faro, cuya luz en movimiento giratorio se ocultaba para aparecer de nuevo. Como las tinieblas aumentaban a medida

que el crepúsculo disminuía y pasamos muy distante de Creta, no pudimos divisar aquellas montañas en que Homero colocó la cuna de Júpiter, ni aquellas estériles llanuras donde creía la docta Grecia que Platón había nacido de la fecunda Ceres sobre un lecho de mieses.

En la tarde del día

ISLA DE GÁUDIO

séptimo pasamos por la parte septentrional del golfo de Alejandría, cuyo solo nombre nos trajo a la memoria las hazañas del héroe Macedonio; pero bien pronto vino a quitarnos este pensamiento uno de los compañeros, haciéndonos recordar la historia de la filoso-

fía que juntos habíamos estudiado. «Allí, (nos decía él, señalándonos la costa Alejandrina;) allí comenzó la escuela ecléctica; allí enseñó Panteno; allí tuvo su academia el célebre Dídimo, sucesor de Aristarco; allí brillaron Orígenes y Clemente de Alejandría, Arnobio de Cartago y Eusebio; allí existía la mayor y más rica biblioteca del Orbe; allí estuvo la cristiandad más floreciente del mundo, según cuenta la historia Tripartita; y ahora, oh dolor! tal vez no haya quien confiese la consustancialidad del Verbo con el Padre, tan enérgica y victoriosamente defendida por su obispo S. Atanasio.»

Así hablaba nuestro digno compañero, cuando un pasajero gritó: Damieta! Damieta! Montamos el catalejo y con su auxilio pudimos distinguir los grandes edificios y las altas torres de sus mezquitas. ¿Fué ahí, preguntó una señora, donde se vió frustrada la esperanza de los cruzados y quedó prisionero S. Luis? Sí, señora, contestó un militar que se creyó interrogado: esa es la ciudad, donde la peste mermó las tropas cristianas, y donde se quedó preso el primo de S. Fernando, que fué sin duda el más santo y el más grande de los reyes de Francia.

Seguimos hablando de las cruzadas, cuando un concurrente abservó que el mar iba perdiendo su color de esmeralda y adquiriendo otro amarillento. Entonces un pasajero esperimentado nos anunció que estábamos frente a las desembocaduras del Nilo, que arrastra en sus corrientes bancos de arena y limo, dando a las aguas un color pálido.

Toda la tarde estuvimos navegando por

la costa de Egipto, célebre por sus monumentos y antigüedades. Al llegar a él, surge involuntariamente el recuerdo de su antigua grandeza, civilización, sabiduría y poderío. Se acuerda uno de Sesostris, de los Faraones, y los Tolomeos; de Homero, que visitó aquel país; de Pitágoras, que fué a él buscando la sabiduría y de Platón, que estuvo allí, aprendiendo en las tradiciones de sus sabios la historia del género humano. Pero... fuera de aquí, recuerdos

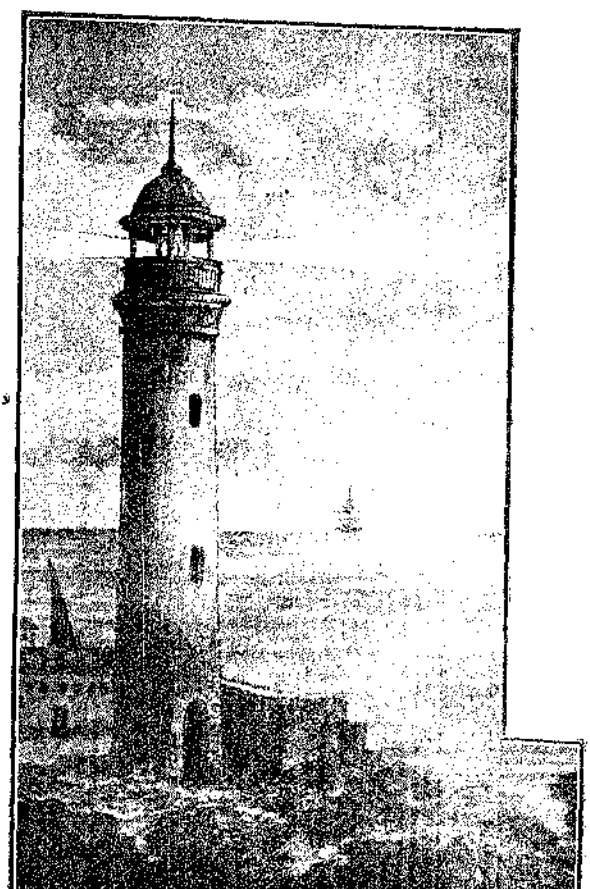
DAMIETA

profanos! Egipto tiene para un cristiano recuerdos muchos más gloriosos. En él acabó Jacob los días de su peregrinación; en él aconteció la interesante historia de su hijo José; en él nació y se educó el caudillo del pueblo de Dios; en él se sucedieron unas a otras las diez plagas con que el Señor quiso castigar la dureza y rebeldía de Faraón; en él estuvo largos años desterrado el profeta Jeremías, y (lo que no puede decirse sin lágrimas) en él vivieron durante algunos años el mayor de los Patriarcas, la más pura de las Vírgenes, y el mismo Verbo humanado, de quien el Padre Eterno había dicho por boca de un profeta de Israel: «*De Egipto llamé a mi Hijo.*» Allí predicó la fe el Apóstol S. Simón; allí dió principio a la vida eremítica el solitario Pablo; allí echó los fundamentos de la monástica el grande Antonio; allí tuvo sus primeros maestros y doctores la filosofía cristiana; y (no puedo olvidarle porque soy franciscano); allí finalmente, hizo maravillas y portentos el ínclito Patriarca de los Menores, nuestro seráfico P. S. Francisco de Asís.

Al oscurecer se presentó a nuestros ojos el faro eléctrico de Port-said, último puerto que el Egipto tiene en la costa del Mediterráneo. La ciudad fué saliendo poco a poco de entre las aguas, hasta que vino a iluminarnos con su aspecto fantástico y encantador. Una infinidad de luces de colores diversos brillaban en su puerto; una fragata turca, que se hallaba surta en el muelle, estaba iluminada con cien luces: se oían los acentos de una banda de música que tocaba en ella, y el murmullo de sus alborozados tripulantes. Esto nos recordó las luminarias y bri-

llantes fiestas, con que las ciudades de la

FARO DE PORT-SAID



católica España celebraban a la misma hora la vigilia de su Patrona Inmaculada. Pregun-

tamos la causa de aquel regocijo extraordinario, y nos dijeron que los moros celebraban la Egira o huida de Mahoma de la *Meca*.

Entre tanto nos acercamos a la rada. Una luz de bengala, que encendió un marinero en el puente del vapor, anunció nuestra llegada; y un cohete volador, que dispararon en tierra, nos indicó que el práctico venía a conducirnos al canal. Apenas llegamos al punto del desembarque, asediaron el vapor los remeros egipcios con sus lanchas, para conducir los pasajeros a tierra; mientras que dos vaporcitos, remolcando once desmesurados lanchones, venían a proveernos de carbón para el camino.

Una numerosa cuadrilla de negros y robustos árabes dió principio a la faena, cantando una canción ininteligible, especie de letanía, en que uno gritaba desaforadamente y los demás respondían con insensato clamoreo. Figúrese el lector la confusión, algazara y gritería de la torre de Babel o baje con el Dante al octavo círculo de su infierno, y se habrá formado idea de lo que parecían aquellos infelices, que metían el carbón arreados por un jefe, negro y amenazador como *Scarmiglione*. Con tal estruendo no pudimos dormir hasta la madrugada, y así celebramos como pudimos la vigilia de la Purísima.

Cuando volvieron los pasajeros de Portsaid, nos contaron lo que habían visto en la ciudad. El Hospicio de nuestros hermanos los PP. Menores; la mezquita donde predicó el *santón* y los moros cantaron un himno: acompañándolo con muecas ceremoniosas; una fonda o un café montado a la europea, y el barrio árabe, compuesto de miserables

chozas, donde sus pobres moradores viven en medio de la más repugnante suciedad. Esto es todo lo que hay que ver en Port said.

## III

*El canal. El puente de la Virgen.*
*Ismailia y el valle de Gesén. Lagos amargos.*
*Suez.*

AMANECIÓ el día de la Purísima, y el cielo apareció despejado y celeste, como el manto de la Inmaculada. Después de celebrar el augusto sacrificio con toda la solemnidad que las circunstancias permitían, salimos a ver algo de Port-said, cuya población es una confusa mezcla de todas las razas. Se compone en su mayoría de árabes atezados y de cuerpo musculoso; pero no faltan abisinios negros como el azabache, chinos amarillos como la cera, y turcos de un color amulatado. Todos van descalzos y con un traje bien extraño, especialmente las mujeres, que visten una túnica sin talle, y un manto

oscuro o blanco que les cubre el cuerpo y la cara, de tal manera, que solo les queda un agujero frente a los ojos para ver por donde van.

Las nueve serían, cuando el vapor se puso en movimiento, y dejando a Port-said, entramos en el canal que une los dos mares, obra la más atrevida y grandiosa de los tiempos modernos. Mide más de ciento sesenta kilómetros de largo, y tiene la profundidad y anchura suficiente para que pasen de frente dos buques de gran calado. En su centro se ven dos líneas de boyas coloradas, marcando la dirección que deben seguir las embarcaciones. Once estaciones tiene en su trayecto con los telégrafos y teléfonos necesarios para el buen régimen de la vía.

Después de caminar algunas leguas por aquel desierto arenoso, testigo de la fuga de los Hebreos, llegamos al pueblecito de Kantará, sitio por donde pasó el Salvador siendo niño, huyendo de la crueldad de Herodes, y que la tradición y la piedad cristiana han consagrado, llamándole *Puente o paso de la Virgen*, que es lo que significa la palabra árabe *Kantará*, según nos dijeron. Un poco distante de este venturoso lugar nos cogió la noche, y como, durante ésta, no se puede navegar por el canal, tuvimos que pasarla en una estación, antes de llegar a Ismailia. A nuestra izquierda habíamos dejado el camino que va a Jerusalén, la ciudad de los prodigios, y con este motivo conversamos largo rato sobre los misterios obrados en aquellos santos lugares, regados con la sangre del Cordero sin mancilla y con las lágrimas de su purísima Madre.

Cuando la aurora nona empezó a blanquear el horizonte, volvimos a emprender la marcha. Nos hallábamos en lo alto de la meseta de Guirs y teníamos delante

PUEBLO DE KANTARÁ

el lago Timsat. Unas palmeras que parecían plantadas en las olas, nos anunciaron a la parte occidental del lago una población, que aun no se descubría: el

terreno se levantó poco a poco y apareció a nuestros ojos Ismailia, blanca cual si fuera una ave acuática, que acabara de salir del lago. Aunque pequeña, Ismailia presenta un aspeto agradable y mucha animación. No lejos de ella y con dirección al poniente, arranca un valle inculto, que se prolonga hasta las vegas del Nilo: es el célebre valle de Gesén. ¿Quién diría que aquella es la antigua tierra, llena de fertilidad, donde Jacob apacentó sus rebaños y se multiplicaron los hijos de Israel? ¡Oh mudanza de los tiempos! Salicornios, cardos, plantas espinosas y cañaverales incultos, es lo que produce hoy por aquel lado el valle de Gesén.

Más allá del lago se encuentran las mesetas de Tumsun y de Serapis, donde dicen que existió el antiguo monumento dedicado a esta divinidad egipcia, reducida hoy a fragmentos de vasijas y pedazos de canto, que los aires entierran o descubren, cuando arremolinados esparcen la arena. Tras de estas mesetas están los lagos amargos que parecen tener pretensiones de mar, de modo que, si no fuera por las boyas y telégrafos, cualquiera creería haber entrado en el Océano. De allí hasta Suez, el canal no ofrece al pasajero más que la vista de redes pescadoras tendidas en forma circular en medio de las lagunas; algún pobre árabre medio desnudo, que corre al par del buque a ver si le tiran algo que comer, o algún vapor de los muchos que vienen en dirección opuesta.

El istmo presenta en todos sus puntos, pero especialmente en las mesetas, toda la imponente esterilidad del desierto. A veces se descubre por todas partes un arenal in-

menso, abrasado por los calores de un verano continuo, arenal de un color rojizo o blanquecino y de una desnudez espantosa. Su atmósfera cargada de vapores cenicientos, y su ambiente abrasador, sólo dejan crecer allí nopales espinosos y algunas plantas esteparias, parecidas a la gatuna o al cardenillo. No hay ni un árbol, ni una yerba, ni un pájaro canoro, ni siquiera un grillo de los que interrumpen el silencio de la noche, cantando junto a la choza del labrador. Es verdad que a veces se presentan a lo lejos cosas que parecen bosques o praderas, valles o edificios: mas al acercarse allí, se ve con desconsuelo que todo ha sido ilusión, o a lo más uno de los montones de piedra que sirven para indicar el camino de las caravanas.

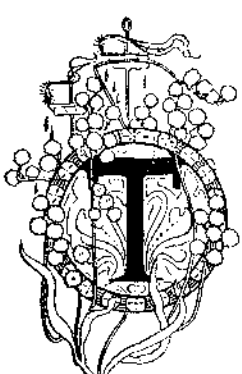
Cuando el viento corre fuerte, presenta el desierto un aspecto terrorífico. Nosotros lo contemplamos desde un lugar seguro, y sin embargo quedamos espantados. Un vendabal que se levantó de la parte de Africa arrebataba la arena que veíamos delante, y ésta, rodando en forma de agrupadas nubes, recorría el suelo, enterrando a su paso los cardos, que en él se crían: un momento después se veían esparcidas por el aire las abrasadas entrañas de la tierra, y el horizonte estaba oscuro, como cuando hay tormenta. Cualquiera creería que se iba a mojar sin remedio; mas a poco rato se ve caer de aquellas nubes una lluvia de finísimas arenas, que ponen al caminante lleno de polvo. De tal naturaleza son las nubes, que se ven muchas veces en el desierto.

A la caida de la tarde dimos vista a Suez, situada cerca de la antigua Arsinoé, a la de-

recha del camino que llevaron los Hebreos, cuando salieron de Egipto. Suez, llamada a ser con el tiempo una ciudad comercial, rica y populosa, no es todavía más que una población muy mediana. No hablamos de su parte egipcia, porque en ésta, calles y casas son sucias, ruinosas y hediondas como las de Port-said; hablamos de la parte europea, la cual, aunque carezca de importancia, tiene un aspecto más agradable. La única importancia que Suez ha tenido en muchos siglos ha consistido en servir de punto de partida a las caravanas que se dirigían a la Meca, ciudad santa para los mahometanos. Cerca de Suez termina el canal, entrando en el golfo que de ella recibe el nombre.

## IV

*El mar Rojo, Las fuentes de Moisés. El Sinaí. La Tebaida. Costas de Nubia y Abisinia. Costa Arábiga. Perin. Calores del Trópico.*



TODAVÍA el sol no había ocultado su hermoso disco tras los montes de la Libia, cuando dejamos atrás la ciudad cleopátrida y entramos a vela desplegada en el mar Rojo. Empezamos a mirar aquellas olas, que dóciles a la voz de Moisés dieron paso franco a los hijos de Jacob por el fondo del mar, y sepultaron en sus abismos la soberbia de Faraón, sus ejércitos y carros. Más allá de la orilla portentosa, donde el caudillo

de Israel entonó con su pueblo el primer cántico de que nos habla la Escritura Sagrada, se divisan los *pozos de Moisés* rodeados de viejas palmas, hijas de aquellas otras, que al pueblo de Dios dieron sombra con sus hojas y alimento con sus frutos. Nosotros deseábamos beber de sus sagradas aguas que son trasportadas a Suez sobre robustos camellos, pero no pudimos. En la misma costa, aunqae mucho más distante, se ve la cumbre del Sinaí, donde el Eterno dió su ley a los mortales, escrita en tablas lapídeas; y a su pié se extiende la vasta llanura que presenció los portentos y los castigos, que Dios hizo con su pueblo, en ella llovió el maná del cielo, y en ella están el lugar del incendio y los sepulcros de la concupiscencia.

En la orilla opuesta del golfo arábigo se levantan las montañas donde el solitario Pablo vivió cien años metido en una gruta, y alimentado por un cuervo, que la Providencia le enviaba todos los días con un pan en el pico. A poca distancia de este sitio está el famoso monte donde el grande Antonio echó los fundamentos de la vida monacal. De aquella región del alto Egipto salió el poderoso ejército de anacoretas y de santos, que, sin otras armas que sus báculos y el libro del Evangelio, echaron por tierra el reinado de la idolatría. Aquel desierto de la Tebáida y aquella soledad de Esceta están llenos todavía de las cuevas que habitaron los *padres del yermo.* Allí están las grutas testigos de la penitencia de los Pacomios, Macarios y Serapiones; monjes que bajo la influencia de un clima, que debilita el cuerpo y enerva el al-

POZOS DE MOISÉS

ma, haciéndola floja y obstinada, dieron al mundo el espectacúlo de una austeridad espantosa. Estos son los últimos recuerdos del Cristianismo, que se agrupan a la mente del viajero religioso, que con dolor de su alma ve ocupada por el ónagro, el avestruz o la gacela aquellas mismas grutas que habitaron los siervos de Dios.

Cuando se deja atrás el alto Egipto y estos valles de la Tebáida, donde una gruta, una fuente o una palma evocan el recuerdo de los antiguos anacoretas que los poblaron, se ven en la misma costa los montes de la Nubia, habitados por las tribus errantes, que se dedican al pastoreo y a la pesca, llevando una vida salvaje, que contribuyen a perpetuar la esterilidad del terreno y los ardores del clima. La única población de esta costa, que merece mencionarse, aunque de poca importancia, es Sarakin. Al sur de la Nubia está la costa de Abisinia que se prolonga hasta el estrecho de Bab-el-Mandeb. Carece de importancia, pero para nosotros es célebre únicamente por los trabajos apostólicos del Eminentísimo Cardenal Masaya, quien dejando como nosotros la amada celda Capuchina y el retirado convento, misionó por espacio de treinta y cinco años entre la tribus Gallas, cuyo obispo fué mucho tiempo.

La costa oriental del mar Rojo es de mucha más historia que la occidental, pues en ella tuvieron lugar los grandes acontecimientos bíblicos, que dejamos mencionados, y en ella dió Mahoma principio a su animalizadora religión y al bárbaro imperio que pretendió dominar el orbe y echar por tierra la cruz del Salvador del mundo. En ella se di-

ISLAS VOLCÁNICAS

visan a larga distancia los montes de la Arabia feliz, en cuya hermosa playa está situada Lokeya: y mucho más abajo se ven los edificios de Moka célebre por el café, que sus tierras producen. El mar Rojo está sembrado por todas partes de islas volcánicas, islotes y arrecifes, que hacen peligrosa su navegación. La mayor de su islas es Perín, situada a la entrada del estrecho, y llamada por los árabes con toda propiedad *isla llave*, porque en efecto es la llave del mar Rojo. Los ingleses se apoderaron de ella a mediados del siglo pasado, y han hecho de la isla una fortaleza inexpugnable.

Lo que más nos llamó la ateneión en este mar fué el calor sofocante que empezamos a sentir el pasar el trópico, a pesar de hallarnos a mediados de Diciembre. Una niebla ondulosa producida indudablemente por la evaporación de las aguas, hacían la respiración algo angustiosa; pero como al fin estábamos en el rigor del invierno, y la travesía es corta, pudimos soportarlo fácilmente. El día catorce por la tarde dimos vista a la ciudad de Aden.

## V

*Aden. Entrevista con nuestros misioneros. Breve descripción de la ciudad. Noticias. Salida para Colombo.*

CUANDO llegamos al puerto de Aden, la noche décima quinta se hallaba en medio de su carrera, y la luna reflejaba sus pálidos rayos sobre las olas, en las cuales se pintaban las sombras de los bajeles acogidos a su playa. Pensábamos saltar a tierra; pero como la hora era intempestiva, mudamos de parecer. Nuestro Rmo. P. Provincial envió noticia de nuestra llegada a los misioneros Capuchinos, que con trabajos indecibles se ocupan en extender el reino de Jesucristo en aquellas abrasadas regiones. A la mañana siguiente tuvimos el placer de vernos visitados por dos de aquellos Padres, los

PUERTO
DE ADEN

cuales traían en su compañía un negrito muy bien puesto de los que ellos tienen en su Escuela de educandos. Este jóven fue para nosotros objeto de cariño: era agraciado, de fisonomía expresiva y bastante instruído. Le dimos medallas de N. S. P. S. Francisco y estampas de la Virgen, que él besaba con mucha devoción, diciendo: También esta es mi Madre; también S. Francisco será padre mío.

Los misioneros por su parte nos contaron las fatigas y los trabajos sin cuento, que pasan para reducir alguna de aquellas ovejas perdidas al aprisco del Pastor divino; y con cuánto dolor ven que, después de reducida, huye de nuevo y se esconde, donde no es posible volverla a encontrar. Esto es lo más doloroso para aquellos varones apostólicos ver que después de convertida un alma, vuelve al mahometismo para no salir de él jamás. Nos contaron también la persecución, que estaban sufriendo entonces los católicos de Abisinia y cómo sus dos obispos habían tenido que refugiarse en la Arabia.

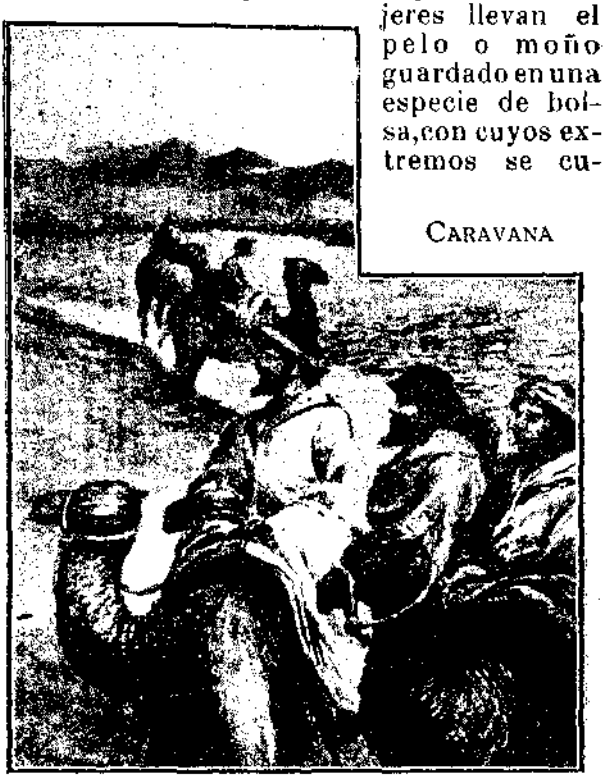
En Aden progresa poco el Catolicismo entre los naturales, pues, según nos dijeron, el número de católicos no pasaba de mil. Lo que no pudimos oir sin admiración, es que en aquella triste ciudad hay una comunidad de religiosas europeas, terciarias de N. P. S. Francisco, que llenas de un celo verdaderamente apostólico han ido allí a poner escuelas para instruir gratuitamente a los pobres árabes en la religión de Jesucristo.

Los Padres se desayunaron con nosotros, y entre tanto nos dijeron lo que había de importante en la ciudad. Esta se halla situa-

da sobre una desmesurada roca volcánica, que le sirve de base. Sus edificios más notables son: la torre de su antigua mezquita, la iglesia anglicana, la de los misioneros, colocada en un punto elevado, y el palacio del gobierno, sito en la plaza mayor. A estos y otros edificios hay que añadir el fuerte y las cisternas. De estas últimas no es posible formarse idea adecuada sin haberlas visto, porque es lo más grandioso que se conoce en su genero. Datan, según dicen, del tiempo de los Faraones, aunque los ingleses las han mejorado. Están situadas en un punto elevado, donde convergen las vertientes de los montes vecinos: ocupan una extensión de cinco o seis kilómetros cuadrados, y están rodeadas de balaustradas de hierro. En medio de ellas hay una especie de jardín o paseo público, que se conserva a expensas de grandes trabajos; y que es el único espacio verde que la vista encuentra en todo el horizonte.

El panorama de Aden es por lo tanto muy triste, pues no se ven más que montañas áridas de un color oscuro y sin un arbusto que las hermosee. Allí el calor es intolerable y llueve rarísimas veces. Como por este motivo la agricultura es imposible, los indígenas se dedican a la pesca y a la cría de avestruces, cuyas plumas venden, y al tráfico de las caravanas. Por esto se encuentran a cada paso recuas de camellos cargados de mercancías y sobre ellos el árabe que los conduce al puerto. Por lo común, los árabes son muy sobrios; un poco de leche de camello y otro poco de marisco o arroz guisado con la grasa del mismo animal, constituye su ali-

mento ordinario. Se visten con un pedazo de tela, que se lían a la cintura y les cuelga hasta media pierna en forma de sotana; de lo demás del cuerpo se cuidan poco. Las mujeres llevan el pelo o moño guardado en una especie de bolsa, con cuyos extremos se cubren la cara, y, como todos los orientales, van descalzas.



CARAVANA

Mientras los misioneros nos decían estas y otras cosas, el desayuno llegaba a su término, y sobre cubierta se oía una buena algazara. Dímonos prisa para subir a ver lo

que pasaba, y quedamos sorprendidos, viendo al rededor del vapor una multitud de negritos somales, sin más vestido que el que tuvo nuestro padre Adán en el Paraiso, metidos en unas canoas tan pequeñas, que apenas podía cada una contener a dos de ellos, y pidiendo con incesante clamoreo, que les echasen monedas al mar. *¡A la mar; a la mar!* era lo único que se les entendía. Cuando conseguían el objeto de su petición se tiraban al agua inmediatamente, y poco después salían con la moneda en la boca. Nadaban con tanta agilidad y pasaban tan velozmente por debajo del vapor, que más parecían peces que hombres. Así se divirtieron y nos divirtieron aquellos infelices, hasta que llegó la hora de salir el vapor. Antes de bajar los misioneros, hermanos nuestros, les hicimos un pequeño regalito de nuestra pobreza, que ellos recibieron con mucho agradecimiento, y dándonos el abrazo fraternal se despidieron de nosotros, dejándonos edificados y enternecidos.

A las ocho de la mañana salimos de Aden y alejándonos de la playa entramos en el golfo de su nombre, cuyas aguas estaban en completa calma: más que mar, parecía un lago oleoso de superficie inalterable. Al día siguiente descubrimos el cabo Guardafuí, que es el punto más oriental del continente africano. A la salida del golfo y más allá de este cabo, encontramos la isla Socotora, cuyas montañas colosales e inaccesibles, tienen un no sé qué, de imponente y majestuoso, que llama la atención de los viajeros. Al dejarla atrás entramos en pleno Océano Indico, donde tuvimos el gusto de ver dos enormes ba-

llenas, que pasaron junto al vapor. Cuando llegamos al punto donde en la expedición anterior murió nuestro R. P. Fidel de Espinosa, celebramos con una Misa de Requiem la memoria de esta víctima preciosa, que con el sacrificio de su vida inauguró esta santa Misión siendo un mártir en deseos, que mereció la palma de victoria antes de entrar en batalla.

El Señor le tenga en su eterno descanso y desde allí ruegue por nosotros.

# VI

*La isla Malique. El Cabo Comorín. Colombo. Costumbres que observamos en sus habitantes. Salida para Singapor. Estrecho de Malaca.*

LEVÁBAMOS algunos días de navegación por el mar de Oman sin ver en ellos más que alguna manada de delfines, que saltaban graciosamente en torno del vapor, o alguna bandada de peces voladores que salían del agua, y después de un rápido y momentáneo vuelo volvían a sumergirse en ellas. Al amanecer del día veintidós, pasamos junto a la isla Malique, cubierta de una vegetación exuberante. Apenas la perdimos de vista, divisamos en lontananza los altos promontorios del Cabo Comorín. Al

COLOMBO

verlos un jesuíta (1) entusiasta de sus cosas, como todos los hijos de San Ignacio, nos dijo: «En esta dirección, más allá de esos altos, está Goa, la ciudad de Alburquerque, donde descansan en magnífico sepulcro las reliquias de San Francisco Javier, el Apóstol de estas Indias. En aquel pico edificó el santo una capilla a la Reina de los Cielos, en el mismo lugar en que los indios adoraban a su diosa Patirva, reina de los montes. Desde aquel santuario domina la Virgen estas regiones, y con sola su mirada calma el ímpetu de las olas embravecidas.»

El veinticuatro por la mañana llegamos a Colombo, capital de Ceilán, ciudad de un aspecto encantador. Está situada en la costa occidental de la isla en medio de un bosque de palmeras, canelos y cocoteros, que bañan su planta en las tranquilas aguas del mar. Por entre las copas de estos árboles, se ven las altas torres, los grandes edificios y las pintadas casas de la ciudad. No bien había fondeado el vapor, cuando lo vimos asaltado por una multitud de gente de varios colores y diversos trajes, que acudían en unas lanchas del todo originales. Consistían en una gran viga ahuecada con un largo asiento de madera a cada lado, dejando una canal tan estrecha, que apenas se pueden revolver en ellas los remeros, quienes las manejan con admirable destreza. Los que venían en ellas subían al vapor rápidamente por medio de cuerdas que fijaban en la baranda del buque. De seguida empezaron a importunarnos para que les compráramos sus mer-

(1) Iban dos en el viaje.

cancías, consistentes en piedras preciosas, objetos de marfil o ébano primorosamente fabricado, y otras curiosidades por este estilo.

Visitamos la ciudad, que es por cierto alegre, muy hermosa y de buenos edificios. Vimos el magnífico convento de los Padres Oblatos y algunas de las Iglesias católicas. La Catedral es soberbia y de nueva planta; pero no estaba completamente terminada: tiene Arzobispo. Estuvimos en la Administración telegráfica, en la de correos y en el Observatorio: vimos por fuera la iglesia anglicana y el Hospital de la ciudad, que está a cargo de Hermanas Terciarias de N. P. S. Francisco. Las calles son anchas por lo regular: las casas de dos pisos y al parecer aseadas. A cada paso se encuentran paseos hermosos y jardines siempre floridos. Hay muchos coches, aunque pequeños, pero en vez de caballo llevan muchos de ellos una novilla con sus bridas pasadas por las narices, y tiran de él corriendo como un gamo. Vimos también otras cosas muy curiosas, y que nos llamaron mucho la atención. Allí hay gente de todos los países y de todas las religiones: los católicos llegan a veinticinco mil, y tienen cinco iglesias, sin la catedral.

Aunque los indígenas que habitan en Colombo son de distinto origen, procedencias y costumbres, como dejamos dicho, se observa, no obstante, que la inmensa mayoría de la población son singaleses. Estos indios son honrados, dóciles y bien parecidos, su color es algo claro, sus ojos vivos y toda su fisonomía simpática. Cuando los encontrábamos en la calle nos hacían muchas inclinaciones

de cabeza, y algunos acercándose a nosotros con mucha satisfacción nos decían: *Pere, Pere,catholique romain,* y para demostrarnos que eran católicos se persignaban y besaban la señal de la cruz. Si les dábamos alguna medalla de la Virgen la besaban con devoción, musitando entre dientes: *¡Sant María, Sant María!*

Su traje y todo su tipo es verdaderamente asiático. De cintura para abajo visten todos una especie de túnica talar larga y estrecha llamada *sarong*. De cintura para arriba varía el traje, según las clases: los pobres llevan nada: los de la clase media llevan una camisa blanca, y alguna chaquetilla muy delgada, porque es mucho el calor; y los más ricos llevan su cinturón delgado y bordado, sus sortijas y su reloj con hermosa cadena. Todos se dejan crecer el pelo y llevan su moño decentemente sujeto con una peineta, de modo que entre los hombres y las mujeres apenas se nota diferencia en el vestido, sólo que ellas van siempre cubiertas de cintura para arriba, con una especie de saco acomodado a su talle. Son muy recogidas, pues apenas se dejan ver por las calles, y, como los hombres, van descalzas o a lo más llevan unas sandalias parecidas a las que usamos los Capuchinos.

Esto fué lo que pudimos observar durante las pocas horas, que estuvimos en Colombo, de donde salimos satisfechos, y algún tanto aficionados a los indios. Cuando volvimos al vapor, le hallamos todavía con la plaga irresistible de vendedores, que en él dejamos; pero como la hora de la marcha estaba encima, tuvieron que desalojarlo, bien

a pesar suyo y no sin llevarse buenos cuartos de los pasajeros, que quisieron proveerse de aquellas curiosidades.

A la una salimos de Colombo, de cuya ciudad conservaremos siempre gratos recuerdos, y emprendimos el camino de Singapor. Toda la tarde estuvimos costeando la hermosa isla de Ceilán, y recreando la vista en los inmensos bosques, que a lo lejos se

UN COCHE DE COLOMBO

divisaban. Al anochecer pasamos por Punta de Gales, en cuyo puerto se descubrían las luces de los barcos en él anclados; y doblando el cabo Donaro, nos hallamos al día siguiente en el golfo de Bengala.

Cuatro días navegamos por este golfo, sin ver cosa que de contar sea, hasta que al fin pasamos la punta septentrional de Sumatra, junto al curioso peñasco *Pulorondo* y empezamos a entrar en el estrecho de Malaca. Este estrecho, aunque no ofrece mucha seguridad al navegante, según dicen, ofrece en cambio al pasajero un paisaje deleitoso. Sus aguas están siempre tranquilas y sus costas casi no se pierden de vista. En el trayecto se encuentran pequeñas islas, coronadas de frondosos árboles; rocas aisladas en la inmensidad del Océano, y valles movibles de vegetales acuáticos amontonados cerca de la playa. Por los aires vuelan blancas gaviotas y otras aves marítimas, que se posan en los palos del vapor; al verlas, se siente el pasajero movido a enviarlas a su tierra, para dar a su familia noticia de su feliz arribo a tan remotas tierras.

## VII

*Estrecho de Malaca. Restos de un naufragio.*
*Singapor. Cosas que en ella pasan.*
*Un entierro chino.*

ERA ya el treinta de Diciembre, y nos habíamos internado mucho en el estrecho de Malaca. Una nueva luna iluminaba nuestro horizonte, y a su venida se habían revuelto los elementos, cual se revuelven y agitan los ciudadanos al visitarlos su reina. El viento soplaba fuertemente formando un silbido sordo al encontrarse con los mástiles del navío: el trueno retumbaba de vez en cuando por el espacio, los chubascos se repetían con frecuencia y sus lluvias torrenciales, formando tupida niebla, oscurecían el horizonte.

Al terminar un terrible aguacero, salimos sobre cubierta y vimos cosas que parecían restos de un naufragio. Una media lancha rota pasó junto al vapor: pocos minutos después pasó a igual distancia un cadáver sobre el cual revoloteaban cuatro o cinco pájaros negros, que se cebaban en sus carnes: luego volvimos a ver otro pedazo de lancha y muchos maderos. Esto y el hallarnos cerca de algunos peñascos nos hizo creer que algún pobre chino con su lancha pescadora había sido arrojado por el viento contra una roca, pereciendo en el naufragio. Por la tarde serenóse el cielo, cesó el viento y distinguimos perfectamente los inmensos bosques de las costas de Malaca y Sumatra, que teníamos a la vista. Por la noche vimos las luces que iluminaban la ciudad de Malaca y los faros que indicaban el camino de Singapor, cerca del cual nos encontramos al amanecer el día siguiente.

La entrada en el puerto de Singapor es de lo más hermoso y pintoresco que puede verse. Se pasa por canales estrechos que dejan entre sí pequeñas islas cubiertas de una vejetación exuberante, llenas de árboles caprichosos y siempre verdes, cual si estuvieran sometidos a la influencia de una primavera perpétua. Esto visto a la hora precisa en que el sol asoma en el Oriente y las aves revolotean de rama en rama, es por cierto cosa muy encantadora. Con estas gratas impresiones, y con haber leído en cierto libro que *Singapor tiene poco que envidiar a las ciudades europeas* nos habíamos formado muchas ilusiones respecto de esta ciudad y deseábamos verla, pero ¡oh miseria! pronto

desapareció la ilusión ante la triste realidad.

El vapor fondeó en el mismo muelle y mientras descargaba las mercancías que traía para aquel punto y tomaba carbón fuimos en compañía del Capitán del buque a ver la ciudad. Lo primero que se presentó a nuestra vista fué el barrio chino, con sus feísimas tiendas, cuyos letreros parecían más que anuncios o nombres, geroglíficos indescifrables, puestos allí para llamar la atención del caminante. Difícilmente se verá cosa más sucia y estrafalaria,

BARRIO CHINO (SINGAPOR)

que este miserable arrabal de la ponderada Singapor. Pasamos adelante y el corazón se partía de dolor al ver los hombres enganchados en los coches, tirando como caballos, ya de otros hombres de su misma raza, ya de cargas,

COCHE TIRADO POR UN CHINO

que conducían a diversos puntos. Como el calor allí es siempre sofocante y los infelices caminan a galope, da lástima verlos, cual sudan hasta la gota negra, y cómo se le esti-

ran los nervios con los esfuerzos que hacen.—¿Qué es esto?—preguntamos aturdidos, sin saber darnos cuenta de lo que veíamos.—Esta es la colonización inglesa, la civilización protestante, —nos respondió un compañero.

En esto llegamos a la catedral, pequeña por cierto, pero magníficamente adornada, y allí, al pié del altar santo desahogamos nuestras penas y pedimos al Señor deparase mejor suerte a la envilecida ciudad, y decimos envilecida, porque no hemos visto otra en el mundo, donde se tenga en menos la dignidad del hombre. De allí pasamos a las parroquias de San Francisco Javier y del Buen Pastor, cuyos misioneros nos contaron de aquella población cosas que nos dejaron entristecidos, pues parece que los ingleses no piensan más que en explotar a los naturales, sin cuidarse de civilizarlos. Estuvimos en el consulado con el capitán del navío, y de vuelta al muelle, pasamos por la pagoda india profundamente adornada de lámparas, y llena del humo que arrojan las pastillas, que casi de contínuo queman los devotos del mentido y falso Brahma.

A poco encontramos un entierro chino precedido de unas veinticinco banderas de diversos colores, adornadas con hojas de palmas y flores del tiempo. Seguían dos filas de chinos con sus largas trenzas colgando, entre los cuales iban dos músicos con flautas y uno con platillos, produciendo un ruido desconcertado, que movía a risa. Después iba el féretro, cubierto con un paño encarnado y llevado a hombros por ocho chinos, cerrando la procesión un joven, que llevaba una cesta con los documentos del difunto, arroz, carne

y una botella de vino para enterrarlo todo con el cadáver. No sabemos si la llevaba como ofrenda para Budha o con la estúpida creencia, de que el muerto se lo come durante su viaje al otro mundo. El cementerio, por el cual pasamos, es también cosa original. Está lleno de piedras unas tendidas, otras hincadas en el suelo, y todas llenas de inscripciones y símbolos, que comprendían la historia del sujeto que yace bajo de ellas.

Otras cosas vimos en Singapor que por no hebernos detenido en ellas, no podemos describirlas. Tales son, por ejemplo, la catedral anglicana y el famoso jardín de Vampoa. Lo que sí podemos afirmar es que en Singapor no puede entrar un hombre que tenga verdaderos sentimientos de humanidad sin salir entristecido. Roma en el tiempo de su mayor barbarie, no trató a sus esclavos, como se ven tratados los pobres chinos. ¿Qué importa que aquellos obraran forzados, y estos obren con alguna libertad? Tanto peor, porque esto sólo prueba que aquellos conservaban el sentimiento de su dignidad, y estos lo han perdido pues ni sujeción necesitan

¡Donosa civilización la inglesa! Consiste en elevar al hombre a la categoría del bruto, para que él consienta en ser explotado y oprimido. ¿Puede darse tiranía más cruel, ni que más provoque la dignación de Dios y del hombre, que la que allí ejerce Inglaterra? Ya se lo dijo el malogrado Balmes. «¡Ay de tí, Albión! ¡Ay de tí, en el espantoso día, en que cien pueblos que te aborrecen en distantes regiones, contemplen la turbación y el espanto pintados en tu frente por discordias intestinas!»

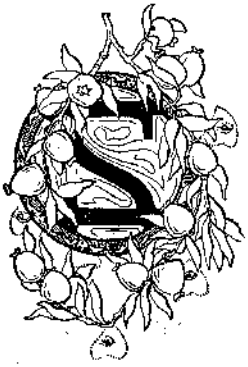
Cuando llegamos al vapor tomé el *Indicador del viajero* para ver si había leído mal la gráfica expresión, *(esta población Singapor) tiene poco que envidiar a las europeas* y el libro se me cayó de las manos, no al ver que no me había equivocado, sino al ver que el autor fundaba su afirmación en que allí hay *magníficos edificios como la logia masónica, la iglesia protestante, clubs y casino*..... ¡Gran recomendación para el pobre escritor! Si el infeliz hubiera dicho que Singapor tiene poco que envidiar a las poblaciones europeas, porque las Hijas de la Caridad tienen allí un magnífico edificio para colegio de niñas pobres, hospicio para ancianos de ambos sexos y una hermosa capilla donde se adora al verdadero Dios en espíritu y en verdad; si se hubiera fundado en que estas hermanas con su caridad y ardiente celo hacen grandes conquistas para Jesucristo; si hubiera apoyado, su aserto en que el Catolicismo prospera y tiene hermosos templos, en parte hubiera dicho verdad: ¿pero fundarse en que hay *logia masónica, templo protestante y adelantos materiales?*... ¡Infeliz! El mismo parece dar a entender, que es de aquellos que no ven en el hombre más que un bruto perfeccionado; y que la civilización consiste en elevar al hombre a la categoría de caballo. ¡Grandiosa civilización! Bien hayan con ella los masones, y los protestantes, y el autor aludido, si así la entienden, que nosotros entendemos por civilización una cosa infinitamente superior.

Después de este tributo pagado a la verdad, y de esta digresión a que ha dado motivo la inexactitud con que se escriben las

cosas y la desvergüenza con que se ensalza lo que merece el anatema de la humanidad y el baldón de todo buen cristiano, sigamos el curso de nuestra historia.

# VIII

*Salida de Singapor; el mar de la China; el Corregidor. Manila; entrevista con nuestros misioneros; carácter del indio filipino; se prepara el nuevo viaje.*



ERÍAN las cinco de la tarde cuando salimos de Singapor con rumbo directo hacia Manila. La salida de Singapor no es tan pintoresca como su entrada; pero no por eso deja de ser hermosa. Apenas hubo oscurecido, divisamos a larga distancia un bosque que ardía acometido por voraz incendio que se asemejaba a un volcán arrojando ardiente lava. Durante la no-

che dejamos atrás todas las islas, que están agrupadas hacia el estrecho, y en la mañana siguiente saludamos el año nuevo en el mar de la China. Este mar famoso por sus agitaciones, contra las esperanzas de todos, estaba tranquilo aquellos días. Al cuarto de la navegación por él, perdió su tranquilidad y empezó a combatir con furiosas embestidas la fuerte nave. A veces nos estremecía ver que, al inclinarse la proa con el cabeceo del vapor, la ola saltaba dentro, cual si fuera un enemigo inteligente que se embarcaba de un salto para apoderarse de nosotros; y a veces también nos deleitaba ver a lo lejos las encrespadas olas, que luchando entre sí formaban montes de espuma, presentando el aspecto de blancos caseríos semejantes a los que se encuentran agrupados en las hermosas llanuras de la baja Andalucía.

En esta alternativa estuvimos hasta que nos acercamos al Archipiélago filipino y divisamos la isla Paragua, la de Mindoro y por fin la de Luzón. Penetramos en la grandiosa bahía de Manila, dejando a nuestra derecha la isla del Corregidor, y al ver plantada en el suelo nuestra bandera, y al oir el silbato, que la saludaba, y al ver los pañuelos que en la playa se agitaban, dándonos la bienvenida, y al oir el estallido del cañón, que decía: *esto es mio: esto es de mi querida patria,* no podemos menos de confesarlo, dulces lágrimas se agolparon a nuestros ojos sin poder enjugarlas en buen rato.

La bahía de Manila es tan grandiosa, que ella por sí sola forma horizonte, cual si fuera un ancho mar. Así es, que echamos algunas horas en surcar sus aguas. Por lo mismo ya

había oscurecido cuando llegamos al puerto, y la ciudad lucía frente a nosotros profusamente iluminada. Todos deseábamos con ansia saltar a tierra. Por fin llegamos cerca de la desembocadura del Pasig y el capitán desde el puente gritó: *¡fondo!* Las áncoras cayeron al agua formando un ruido estrepitoso y los pasajeros nos despedimos, dándonos el parabién por haber llegado felizmente al término del viaje. Cuando dimos fondo, ya estaba el buque rodeado de pequeños vapores, que venían a trasbordar el pasaje. En uno de ellos nos trasladamos a Manila, capital del archipiélago, ciudad que presenta un aspecto bastante parecido al de nuestras hermosas poblaciones vecinas al Mediterráneo.

Al llegar a Manila en la forma que se ha dicho, nos encontramos con los misioneros de las Carolinas orientales, que aún no habían salido para su destino, los cuales nos recibieron con los brazos abiertos. Nuestro primer cuidado fué el de adquirir noticia exacta de lo ocurrido a los mismos en aquella capital y lo más digno de pasar a la historia es lo que sigue.

Llegaron a Manila el 13 de Mayo por la mañana, y se fueron a decir misa al convento de Sto. Domingo, donde fueron muy bien recibidos. El Padre Guardián de S. Francisco, sabedor de esto, fué allá para llevárselos a su convento, pues se creía con derecho a ello por ser todos hermanos, hijos de N. S. Padre San Francisco. En este convento fueron recibidos procesionalmente con repique de campanas, *Te Deum*, y demás ceremonias con que reciben a sus propios misioneros.

Aquí estuvieron los religiosos muy bien

asistidos hasta el día 15 de Junio, que aquel año era el último de Pentecostés. Los misioneros de las Carolinas occidentales, llenos sin duda del mismo espíritu que animó a los Apóstoles en tan solemnes días, aprovecharon la salida de un buque de guerra, y haciendo el sacrificio de separarse de sus hermanos de las Carolinas orientales, se embarcaron para Yap, a donde llegaron con feliz viaje el día de San Pedro del mismo Junio de 1886.

Temiendo entre tanto los que quedaban en Manila, ser gravosos a la Venerable comunidad de San Francisco, determinaron constituirse en vida propia, hasta que saliera un barco que pudiera conducirlos a su destino. A este efecto el señor Arzobispo les cedió la capilla llamada visita de S. José en el barrio de Tondo, al cual se trasladaron. Tomaron para vivir, por no tener otra cosa, una choza o casa de nipa, en la que vivieron muy estrecha y edificantemente. Se dedicaron al aprovechamiento de aquellos pobres indios que les cobraron mucho cariño y les miraban con singular veneración. Poco tiempo después tuvieron que trasladarse de allí a la calzada de San Marcelino. Los pobres indios de Tondo, sintieron mucho la traslación de nuestros misioneros y trataron de impedirla a todo trance. Tal era el cariño y la veneración que les tenían. Pero dejemos que narre este hecho el *Comercio de Manila*, con su enrevesada sintaxis.

«Los tondeños sabedores de la traslación de los Padres Capuchinos, acudieron al Excelentísimo e Ilmo. Sr. Arzobispo en súplica de que no se movieran de aquellos lugares:

esta mañana gran número de tondeños, en su mayoría mujeres, desde muy temprano se apostaron a los alrededores de la casa que

LLEGADA A MANILA

hasta hoy ocupaban, y así que vieron salir a los cargadores llevando el mobiliario, casi los

obligaron a abandonar la carga y a que se marcharan sin ella. Cuando el P. Superior bajó, le rodearon y pidieron con ruegos que no los abandonara; y tal era el sentimiento de estos moradores para que no se marchasen, que para lograr los misioneros emprender la marcha, hubo necesidad de recurrir a la veterana (guardia civil) que en un gran trayecto vino custodiando al carruaje, al que seguía gran número de almas, en cuyos rostros se notaba la pena, con que veían esta separación. Estas demostraciones son la mejor prueba de las dotes que adornan a estos modestos misioneros, y de la sencillez y nobles sentimientos de este país.»

Hasta aquí el *Comercio de Manila*.

Con tan buenos auspicios empezaron nuestras misiones en la Oceanía, donde todo el mundo dió pruebas inequívocas de la veneración y respeto que les infunde nuestro santo hábito; pero en especial los naturales.

Una de las cosas que más llama la atención en ellos, es su carácter y modo especial de ser. Los indígenas de estas islas son generalmente muy dóciles, buenos cristianos y respetan mucho a los religiosos. Entre ellos las costumbres tienen algo de patriarcales; sólo que el indio en vez de gobernar su casa y mirar por el porvenir de su familia, como los antiguos patriarcas, deja el cuidado de estas cosas a su mujer, y él contento con sentir que vive bajo la influencia de un cielo benigno y un suelo fértil, que sin trabajo le dá lo necesario para su sostenimiento, se abandona al ócio confiado en que el plátano y la caña, no le negarán el alimento diario. La mitad del día lo pasa inmóvil puesto de cu-

CHOZA DONDE VIVIERON LOS MISIONEROS

clillas en la puerta de su casa, y la otra mitad bañándose en el río o dando de comer al gallo su compañero inseparable; pues así como el europeo se hace acompañar ordinariamente de un perrito, el indio no tiene otro compañero que su gallo peleador. Por la noche se queda absorto oyendo la música a la que es en extremo aficionado, o bien se divierte mirando los disparos de fuegos artificiales, a los cuales no tiene menos afición, y después de cansado se tiende bajo su techo de nipa a pasar la noche sin cuidarse del día de mañana.

Las indias son por lo común de sentimientos más vivos, de más actividad, muy piadosas y cuidadosas de su familia. Visten con mucha sencillez; pero les gustan los vestidos de colores muy rabiosos y de larga cola. A veces usan trajes y pañuelos muy elegantes; y cuando van a la Iglesia se ponen en la cabeza una especie de toca parecida a la que llevan las Hijas de la Caridad.

Aquí será bien consignar como prueba de gratitud, que todas las órdenes religiosas, incluso las Hijas de Caridad, protegieron mucho a nuestros misioneros el tiempo que estuvieron en Manila. No lo hicieron menos otros muchos insignes bienhechores, cuyos nombres conoce la Orden, y ofrece diariamente por ellos oraciones al eterno, en prueba de nuestro agradecimiento.

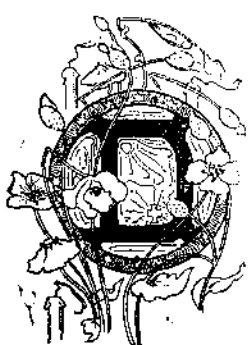
Por fin el capitán general, a ruegos de nuestro Rmo. P. Provincial, ordenó que el transporte de guerra *Manila*, se dispusiera para llevar a las Carolinas orientales a nuestros misioneros, al Sr. Gobernador, tropas, víveres, etc. El día señalado para la marcha

fué el 4 de Febrero, en el cual debía estar a bordo todo el material de carga y los individuos que habían de componer la nueva Colonia; y así que todo estuvo dispuesto, emprendimos otro largo viaje para Ponapé, viaje cuyas peripecias iremos narrando con el favor de Dios en la segunda parte de este escrito.

## IX

# VIAJE A LAS CAROLINAS

*Salida de Manila: Ocho náufragos de Mindoro: Historia de su naufragio: Zamboanga: Isabela: Pollok.*



DISPUESTAS y preparadas las cosas del modo que se dijo en el capítulo anterior, nos despedimos de los hermanos, que dejábamos en la capital del Archipiélago filipino, y nos fuimos a bordo del trasporte de guerra *Manila*, que había de conducir nuestra misión a su destino. La compañía Tabacalera nos hizo la gracia de llevarnos a él en uno de sus vaporcitos. Serían las tres de la tarde del 4 de Febrero, cuando dimos el adios de despedida a la hermosa Manila y nos hicimos a la vela con rumbo a Zamboanga. A las ocho salíamos de

la bahía, y, dejando atrás el Corregidor, entramos en alta mar. Toda la noche estuvimos pasando a vista de las islas que están entre Luzón, Mindoro y Panay. El día amaneció

LA BALSA DEL NAUFRAGIO

nublado, y toda la mañana estuvieron refrescándonos los chubascos.

Un día escaso de navegación llevábamos en el nuevo viaje, cuando se presentó a nuestros ojos el espectáculo más triste y al mismo tiempo más consolador, que puede verse. Nos hallábamos en la costa S. O. de la isla Marindoque: la mañana estaba lluviosa, el cielo turbonado, el mar revuelto y combatido por fuertes vientos. Entre las olas que subían a lo alto, cual si fueran colinas movedizas y volvían a bajar formando horribles hondonadas, descubrimos unas cuantas cañas de bambú muy gruesas, atadas entre sí, y encima unos cuantos hombres, que luchaban desesperados con las olas, o por mejor decir con la muerte. Al principio nos costó trabajo conocer lo que era; unos creían ver una mesa con las patas para arriba: según la facilidad con que se ocultaban en el agua y volvían a salir: a otros les parecía la armazón de alguna choza vecina al mar, arrebatada por las olas; pero al acercarnos un poco más, quedamos estupefactos al ver ocho o nueve hombres, que esforzando la voz todos juntos, producían un grito angustioso, débil y sofocado por el murmullo de las ondas.

El Comandante compadecido de la desgracia, dirigió el vapor hacia ellos, y cuando estuvo cerca le hizo parar. Viendo uno de los náufragos que la corriente se los llevaba, se arrojó al agua y a nado pudo coger una cuerda que le echaron de la cual agarrado subió a bordo tirado por el P. Agustín de Ariñez y algunos marineros. Entre tanto los experimentados tripulantes mandados por los oficiales arriaron un bote al agua y fueron a buscar a los otros, que llevados por la corriente se habían alejado del vapor casi un

kilómetro. Volaban los marineros al socorro

SALVAMENTO DE UN NÁUFRAGO

de los desgraciados, y apenas llegaron a ellos se lanzaron los infelices a la lancha con el mismo afán, que se lanza una madre al cuello de un hijo querido, de quien ha vivido ausente largos

años. Si en este mundo hay alguna cosa que represente al vivo el ansia y el gozo con que sale un alma del Purgatorio, cuando la Reina del Cielo o los Angeles de paz le tienden la mano bienhechora, es sin duda alguna aquel acto tiernísimo en que los pobres náufragos se colgaban del brazo, que les tendía el robusto marinero para que entraran en la lancha salvadora que en breve rato les condujo a bordo.

Cuando la sorpresa se lo permitió, contaron en su lengua la historia de su naufragio. Eran naturales de la isla de Mindoro y salieron para la de Marindoque en una barca cargada de *abacá*. En medio del mar un golpe de viento fuerte rompió el palo de la vela: quisieron componer la avería, no sabemos de qué modo; pero con tal mala suerte, que otro golpe de viento se llevó la vela y volcó la barca. En tal conflicto azorados y sin saber lo que les pasaba, cortan las cañas que la barca llevaba en un costado y subidos en ellas se abandonaron a merced de las olas. Así estuvieron dos días, fatales para ellos: en el primero perdieron un compañero, al cual se le zafaron las manos de las cañas y, no pudiéndolas coger más, fué víctima de la voracidad de los peces: y en el segundo pasó cerca de ellos (pero de madrugada) el vapor Velasco y ni los vió, ni los oyó. Entonces fué cuando los pobres se creyeron perdidos sin remedio; pero afortunadamente la Providencia nos llevó por aquel sitio, cuando estaban a punto de sucumbir, en el estado más deplorable, atontados, muertos de sed y de hambre y con las carnes acorchadas de estar tanto tiempo debajo del agua. En el vapor

se les prestó toda clase de atenciones, y a los dos días estaban completamente restablecidos.

El buque, siguiendo su veloz carrera, pasaba poco después junto a la barca de los náufragos, la cual estaba vuelta hacia abajo, con el palo de la vela roto, y medio enterrada en el agua. Continuando nuestro camino, nos acercamos a la costa occidental de la fertilísima y poco explotada isla de Mindanao distinguiendo en ella con claridad los pueblecitos de S. Ramón y S. Mateo,

En la mañana del día siete llegamos a Zamboanga, donde, dejados los náufragos y el correo, que iba para aquel punto, salimos de seguida para la Isabela, distante unas doce millas de Zamboanga. Su entrada es hermosa y muy parecida a la de Singapor en lo frondoso y pintoresco; pero la Isabela, aunque es capital de Basilán, no por eso deja de ser un pueblo muy mediano: desde él volvimos a Zamboanga al día siguiente. Saltamos a tierra invitados por los PP. Jesuítas y llegados que fuimos a casa nos obligaron a comer, por decirlo así. Obsequiáronnos cuanto pudieron y nos dieron un misal que nos hacía falta, de todo lo cual quedamos muy agradecidos.

Antes de dejar atrás a Zamboanga, no quisiéramos omitir las reflexiones que nos sugirió la extraña conducta observada por los náufragos. Estos infelices bajaron del vapor, sin dar siquiera las gracias a sus favorecedores. Ya sea por el carácter tímido del indio, ya porque no entendieran el castellano, ya en fin porque el agradecimiento les embargara la voz, lo cierto es que se bajaron sin

decir palabra. Un español se hubiera desgañotado dando vivas a sus salvadores y a la patria donde nacieron. Ellos salieron bien vestidos, con unos trajes que les habían dado; y se fueron sin mirar a los harapos que traían cuando se libraron del naufragio, los cuales estaban tendidos sobre unos maderos. Esto fué lo que nos hizo decir interiormente: Un español de fe hubiera consagrado estos harapos a la Estrella de los mares en memoria de haberse libertado del naufragio. Un catalán los hubiera consagrado a la Virgen de Monserrat; un aragonés se los hubiera llevado a su Pilarica; un valenciano a la Mare dels Desamparats; un gallego a la Virgen de Covadonga y... yo los hubiera colgado en el altar de la Virgen de la Estrella, patrona de mi pueblo. Estas reflexiones nos sugirieron los rotos vestidos que los náufragos dejaron en el vapor cuando desembarcaron en Zamboanga.

Desde este punto salimos otra vez a media noche con dirección a Pollok a donde llegamos el día 9 por la tarde. Su bahía es hermosa y muy abrigada: en ella encontramos los cruceros de nuestra escuadra, *Aragón*, *San Quintín* y *el Valiente*. Aquí se recogió la tropa que había de guarnecer la futura colonia de Ponapé; y además los disciplinarios que habían de entender en las obras y construcción de las casas. También tuvimos el gusto de celebrar en la parroquia y conocer a su digno párroco, el que, como casi todos los de Mindanao, pertenece a la Compañía de Jesús. Desde Pollok salimos para Yap, a donde llegamos después de pasar los trabajitos que se dirán en el capítulo siguiente.

## X

*Salida de Pollok: temporal que tuvimos en el Pacífico. Palaos: llegada a Yap y entrevista con nuestros Misioneros.*

El día 10 de Febrero, ya bien entrada la noche, salimos de Pollok. Toda ella y el día siguiente lo pasamos costeando el sur de Mindanao, con buen tiempo y mar tendida; pero apenas pasamos el estrecho de Sarangani y entramos en alta mar, encontramos el monzón del N. O. fuerte, y el mar bastante alterado. ¡Oh qué horrorosa es una tempestad en medio del Océano! A medida que nos adelantábamos, hallábamos el mar más embravecido. La primera noche que pasamos en el Pacífico fué una

borrasca deshecha. Deseábamos con ansia la

LA BORRASCA DEL PACÍFICO

venida del nuevo día, pero éste con su luz no hizo más que aumentar el horror de nuestra situación.

El sol se presentó pálido y sombrío: sus rayos barreaban el turbio firmamento con ráfagas de un color verdoso y ceniciento: negros nubarrones amontonados en todo el

círculo del horizonte aumentaban los horrores de aquel cuadro: el viento nos combatía de proa tan fuertemente, que parecía iba a levantar el vapor de su lecho de agua: las olas amontonadas con el ímpetu del viento entran por todas partes: no se ve sobre cubierta más que algún marino, que marcha a su puesto, guardando el balance con el cuerpo, o cogido de algún cabo por temor de caerse: finalmente, el mar estaba como en ebullición, y el vapor (y nosotros con él) saltando como los garbanzos en la olla que está hirviendo. Así, sin poder comer, ni casi dormir, pasábamos el día, y volvía la noche a cubrir con su oscuro manto nuestras fatigas. No podíamos reposar de ningún modo: si subíamos a la cubierta, las olas que entraban y los relámpagos que brillaban sobre ellas, descubriéndonos a cada paso espantosas hondonadas, nos hacían bajar a la cámara inmediatamente: y si queríamos permanecer abajo, el ruido infernal que producía la cadena del timón al girar y caer de repente sobre el trancanil de hierro, nos hacía volver arriba a reconocer nuestra situación y ver si el peligro era extremo.

Renace el nuevo día y no se presenta más que una luz turbia y confusa, pero demasiada para ver las aterradoras profundidades del mar, y la desmesurada altura de las olas prontas a caer sobre el navío y sumergirlo en el fondo del abismo. Las olas eran tales, y el viento que nos daba de proa tan fuerte, que el vapor con toda la fuerza de su máquina apenas andaba dos millas, en algunas horas, y en otras hacía lo bastante con resistir al ímpetu del temporal

El día quince por la mañana pasamos por en medio de las Palaos, donde el vapor debía hacer escala, pero el mal tiempo nos impidió entrar en ninguno de sus puertos, todos con malas entradas, para abrigarnos en él. Del mismo modo caminamos una semana entera, hasta que, al acercarnos a Yap, empezó a ceder el ímpetu del viento y la agitación de las aguas.

El diez y ocho de Febrero amanecimos a vista de la isla de Yap, y a las nueve estábamos ya en el fondeadero. Aún no habían las áncoras caído sobre las aguas, y ya la famosa Doña Bartola con su bote daba vueltas alrededor del vapor, saludándonos con verdadero entusiasmo. Cuando nos vió, sin hablarnos siquiera, volvió al *pantalan*, (así llaman allí al desembarcadero) para anunciar a los padres la llegada de nuevos misioneros. Ellos, que nada sabían de nuestro viaje vinieron en el mismo bote a ver quienes éramos y a qué punto íbamos a predicar el Evangelio. ¿Cuál sería, pues, su sorpresa al encontrarse en el vapor con nuestro Rvmo. Padre Provincial y con unos cuantos hermanos y condiscípulos, entre los cuales habían pasado, por decirlo así los dorados tiempos de su juventud religiosa? ¡Y cuál sería nuestro gozo al abrazar a unos hermanos y compañeros, a quienes despedimos llorando, sin esperanza de volver a verlos! Esto lo dejamos a la piadosa consideración de los lectores. Lo único que podemos decir es, que la escena más bien parecía un sueño divino, de esos que forman las imaginaciones infantiles, y que producen en el alma al despertar una dulce melancolía. Nos abrazamos tierna-

mente y nos tocábamos mutuamente los hombros, como para cerciorarnos que era realidad y no ilusión lo que nuestros ojos veían. ¡Qué entrevista tan tierna y tan inesperada por parte de ellos! Si hay cosa que se sienta sin poderse explicar; si hay alegrías que adormecen el alma o privan de los sentidos, aquella fué para nosotros una de ellas, pues estuvimos largo rato sin saber darnos cuenta de lo que pasaba.

Cuando aquella especie de enagenamiento nos lo permitió, nuestro Rvmo. P. Provincial dispuso que saltáramos a tierra, para empezar desde luego la visita pastoral de la santa misión, puesto que éste era el único objeto de su viaje a tan remotas islas. Saltamos a tierra en el mismo bote en que vinieron los PP. misioneros, y nos dirigimos al convento, (llamémosle así), por la reciente calzada que va desde la casa del Gobierno a la futura Iglesia. Caminábamos en santa paz y alegre conversación seguidos de varios carolinos, cuando observamos al acercarnos a casa, que los tres hermanitos legos, que habían quedado en ella, tuvieron la feliz ocurrencia de echar la campana a vuelo y salir a recibirnos con la cruz procesional sin saber quienes éramos. Entonces nos ordenamos procesionalmente y nos dirigimos a la capilla cantando el *Te-Deum*, con las oraciones y ceremonias que el ritual prescribe en tales casos. Terminada la acción de gracias al Todopoderoso, se renovó la escena, abrazando a los hermanos legos y dándonos todos pruebas recíprocas del regocijo que inundaba nuestros corazones.

Después de un ratito de expansión, toma-

mos entre todos la frugal comida que los misioneros tenían preparada para sí, con lo cual quedamos sa-

LLEGADA AL CONVENTO

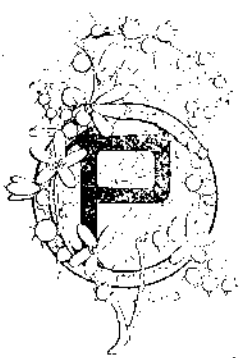
tisfechos y dimos gracias a la Providencia, que alimenta, no sólo a las aves del aire, sino

hasta el hombre criminal, que la niega y la maldice. Por la tarde dimos el primer paseo por el bosque, y sentados bajo una palmera, o al pie de un hermoso cocotero a imitación de los antiguos Patriarcas, admirábamos la grandeza de Dios y bendeciamos el poder omnipotente que lo hizo todo de la nada.

En los dichosos días que pasamos con nuestros amados hermanos en la misión de Yap, participamos aunque en pequeña escala de sus trabajos y de sus alegrías. Con ellos recorrimos las selvas; con ellos visitamos las estrechas y sombrías chozas del carolino; con ellos tuvimos el consuelo de anunciar la paz a los que, según el profeta, están sentados en las tinieblas y sombras de la muerte; y con ellos en fin, pudimos hacernos cargo de la isla y sus moradores, ¡Qué tierra! ¡Qué gente! ¡Qué aldeas! ¡Qué costumbres! ¡Qué trajes! o por mejor decir, qué desnudez! ¡Qué ignorancia!..... Algo diremos de todo esto, con el favor de Dios, en el capítulo siguiente.

# XI

*Isla de Yap: su fauna y flora: sus habitantes: usos y costumbres: trajes y adornos: pueblos: construcción de casas, etc.*



ARA conocer y poder apreciar en su justo valor los trabajos que ha costado al activo labrador desmontar un terreno y hacerlo producir abundante cosecha, es necesario haber visto aquel mismo suelo cuando estaba inculto, lleno de abrojos y de maleza; pues del mismo modo, para conocer lo que han trabajado nuestros misioneros en aquella viña del gran padre de familia, es preciso saber cómo estaba aquel terreno antes de empezar a cultivarlo. Por este motivo, vamos en el presente artículo a dar a conocer lo que era la isla

de Yap hace muy pocos años, el de 1885.

La isla de Yap vista desde el monte, que la domina toda, presenta una figura muy caprichosa e irregular a causa de las ensenadas que forma el mar, introduciéndose en la tierra. Esta isla es de formación basáltica y debe su origen a un levantamiento del suelo submarino, según indican las capas de piedras, que se ven en sus montes. La rodea un arrecife de coral, que apenas deja estrechos canales para entrar en sus puertos. El centro y la parte septentrional los recorre una cordillera de poca elevación, que distribuye las aguas por sus vertientes en tiempo de lluvia. Sólo dos arroyuelos se encuentran en toda la isla; pero estos difícilmente llegan a perder sus aguas, ni aun en tiempo de sequía. El centro de la isla estaba despoblado y sin camino alguno; pero en la costa hay senderos muy curiosos para pasar de un pueblo a otro.

La fáuna de Yap es casi nula, pues fuera de los animales domésticos importados allí (como cerdos, gallinas, etc., que se crían en abundancia) apenas se ve otro bicho que una especie de lagarto llamado *iguana*. Carece por consiguiente de animales dañinos. La flora es bastante más rica y abundante. Los misioneros han hecho prueba de algunas hortalizas españolas, lo mismo que de maiz, y les han dado buen resultado. Se crían naranjas regulares, buenas calabazas y mejores sandías. Hay tubérculos de todos los que se crían en la zona tórrida; *camote, ubi, gabi, ñame, etc.* No faltan buenas piñas, plátanos, papaya, macupa, caña dulce, el árbol del pan, y el almendro tropical. Pero la principal rique-

za de Yap es la palmera del coco, que rodea la isla, formando una faja de un kilómetro de anchura, y dándole un aspecto muy hermoso. El coco es el gran recurso del carolino; su agua, que es por cierto muy sabrosa, le sirve para apagar la sed; su carne para alimentarse; su corteza para hacer cordeles y tejidos, su misma cáscara para hacer fuego y preparar la comida; y de todo él sacan un aceite que sirve para comer, alumbrar y ungir. Hasta el tronco le sirve para construir sus chozas y sus hojas para cubrirlas, hacer cestos y otros utensilios. Finalmente, su venta que hacen a los alemanes e ingleses, quienes explotan a los infelices sin piedad, les proporcionan azuelas, hachas y armas con que defenderse.

Las habitantes de Yap pertenecen a la raza malaya; por lo común son esbeltos y bien formados. Tienen el cabello rizado y negro; frente ancha; ojos negros y grandes; nariz regular; pómulos salientes; boca grande; labios gruesos y cara algún tanto ancha: el color de su piel es bronceado. Los hombres se dejan crecer el pelo y se lo atan atrás, formando un moño muy rizado, en el cual clavan una larga peineta de caña de figura de un abanico cerrado, y en la punta de la misma llevan flotando una cinta de color. Las mujeres parten su cabellera en dos bandas por medio de la cabeza y la sujetan atrás en forma de rodete.

El traje de esta pobre gente no es para descrito; el de los hombres consiste en una especie de cinturón del cual pende por delante una faja de medio palmo de anchura, la que pasan por entre las pienas, sujetándo-

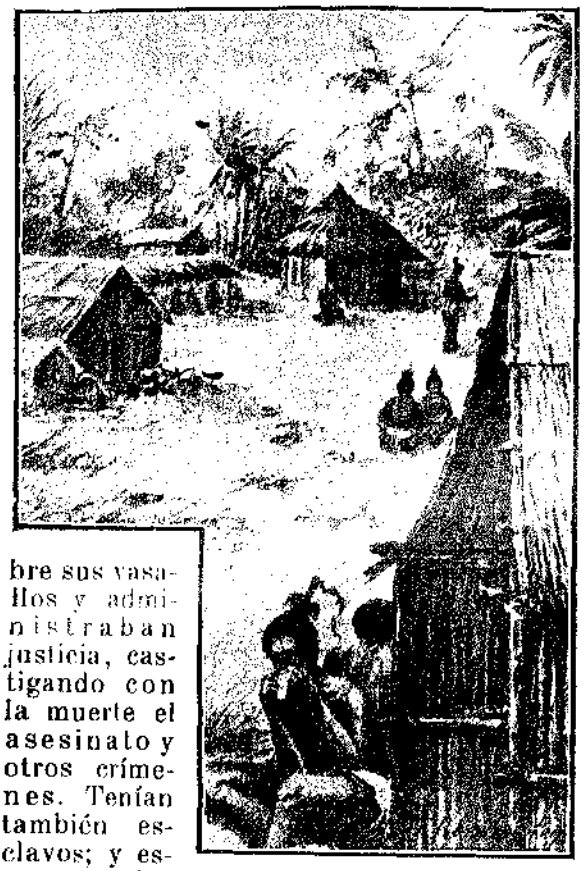
NATURALES DE YAP

la atrás en el mismo cinturón. El de las mujeres es algo más decente: este consiste en muchos filamentos de unas hojas largas, como la de maiz sujetos a un cordel, el cual se atan a la cintura, quedando rodeadas de una saya de yerbas, que les pasa de las rodillas. En lo demás van completamente desnudas unos y otras. Además de estos lujosos trajes tienen otros adornos consistentes en pulseras de caracol marino, collares de cuentas, cinturones llenos de caracoles y zarcillos descomunales. Para ponerse estos últimos se hacen en las orejas enormes agujeros, habiendo muchos que tienen taladrada del mismo modo la ternilla de la nariz.

A estos adornos añaden los hombres el doloroso del tatuaje, haciéndose en el cuerpo dibujos muy curiosos, y las mujeres se embadurnan o pintan de amarillo las palmas de las manos, el cuello y las mejillas. De esta misma naturalidad y salvajismo participan todas las costumbres del carolino. El lleva siempre consigo la cesta con los componentes del buyo, una azuela y la bolsa de los avíos para fumar. En general son simpáticos, de un carácter apacible, tratables, hospitalarios y dadivosos. Los padres descubrieron en ellos desde un principio mucho respeto a la propiedad, aunque no ha faltado quien los acusara de lo contrario.

La población de Yap esta distribuída en unas ochenta aldeas, cada una de las cuales tiene su reyezuelo o *Pilum*, que no se diferencia de los otros, más que en la autoridad que ejerce sobre ellos. Todos tienen el mismo título o categoría, aunque unos sean más poderosos y célebres que los otros. To-

dos eran independientes y por lo mismo todos tenían derecho de vida y muerte sobre sus vasallos y administraban justicia, castigando con la muerte el asesinato y otros crímenes. Tenían también esclavos; y estos eran los prisioneros de guerra y sus descendientes que trabajaban para sus



VIVIENDA DE LOS NATURALES DE YAP

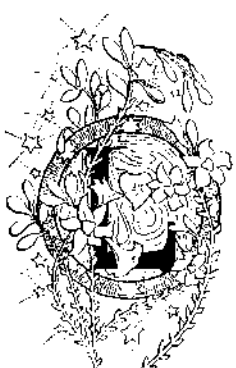
amos y no se les permitía llevar peineta en el moño, ni pintarse como los otros, en señal de servidumbre. Las armas antiguas que usaban en sus guerras eran el hacha de piedra, dagas formadas de la espina dorsal de cierto pez, que se cría en sus costas llamado *raya*, y largas lanzas hechas de bonga, o si eran de otra madera menos fuerte, les ponían en la punta un diente de tiburón.

Los pueblos se componen de chozas diseminadas acá y acullá sin orden, ni concierto, y sin formar calles, ni cosa que lo parezca. Para hacerlas, hincan los pontones, y para evitar la humedad levantan el pavimento, rodeándolo antes con un cerco de piedras; colocan las vigas, atándolas con cuerdas de coco; cubren el techo con la hoja del mismo árbol, y las paredes las hacen con cañas delgadas y rectas unidas entre sí con hilo también del coco, que es el único cordelaje que conocen. Después hacen en ella las separaciones convenientes; pero por lo regular cada choza la habita una sola familia. Cerca de cada casa hay otra chocita, que hace veces de cocina.

Nada más sencillo que la cocina de los carolinos: todo se reduce a un poco de fuego, donde asan el pescado y los tubérculos, envueltos en hojas de plátanos; o bien en los mismos artículos cocidos con mucha agua en una olla de barro colorado, que abunda en Yap. Para comer colocan la cazuela o el asado en el santo suelo o sobre una piedra, y sentados alrededor de ella, van comiendo con los dedos, que les sirven a un mismo tiempo de cuchillo, tenedor y cuchara.

## XII

*Religión y moral de los habitantes del Yap.*



os naturales de Yap no conocían al piadosísimo y amantísimo Dios de los cristianos, ni tenían idea exacta de la creación y redención del hombre. Para ellos el mundo ha estado siempre así, ¡siempre lo mismo! advirtiendo que no conocían más mundo que Yap y las islas vecinas. Además de los hombres, hay según ellos, otros seres racionales e invisibles, que habitan en las alturas. Allí moraban con ellos los primeros hombres; pero sus descendientes moramos aquí abajo por culpa de ellos. En el modo con que explican la aparición del hombre sobre la tierra, se ve la tradición bíblica, aunque notablemente desfigurada. Héla aquí:

Los primeros hombres vivían felices en

aquella región superior; pero miraron hacia abajo, vieron la isla de Yap y tuvieron la curiosidad de bajar a ella. Aprestaron una *vinta*, especie de lancha, atada con largas cuerdas: se metieron en ella y bajaron a Yap, sosteniéndola entre tanto los otros moradores del cielo: un poco antes de llegar soltaron las cuerdas o estas se rompieron, y los hombres no pudieron subir más a la altura de donde habían caído. Así empezó, según ellos, la propagación del hombre sobre la tierra, ¿Quién no ve aquí la caída de nuestros primeros padres por la curiosidad y desobediencia de Eva? Hay paraíso, hay felicidad, hay una fatal caída, hay el destierro del Edén; sólo que está adulterado con nombres simbólicos acomodados a las pobres ideas de indios completamente salvajes.

El jefe de esos seres invisibles (nosotros diríamos ángeles), es *Yalafaz nig* (dios grande) le sigue su esposa *Nemaguey*, y de ambos nació *Yalafaz nilsi*, dios menor. Además de estos tres dioses superiores que para nada se cuidan de los hombres, hay en el cielo otro llamado *Suc*, el cual penetra los pensamientos y el corazón de los hombres, y los vigila mucho para darles después de muertos el lugar que les corresponda; esto es, a los buenos la derecha y a los malos la izquierda. Aquí se ve también, aunque desfigurado, el juicio final.

Además de esta diferencia final, que habrá entre buenos y malos (colocados unos a la derecha y otros a la izquierda de *Yalafaz)*, hay otra diferencia en la tierra, que consiste en morir los buenos de muerte natural, y los malos de muerte violenta, acabando unos

bien y otros mal; porque es de advertir que según ellos, todo el que muere violentamente, muere por instigación, influencia o malas artes de *Suc*. Cuando el alma del malo llega a su presencia, *Suc* le dice: Tú porque eres malo y no has observado las buenas costumbres de Yap, vete al lugar de los malos. Y añade cuando llega el alma del bueno: Tú porque eres bueno y sabes las buenas costumbres de Yap, vete al lugar de los buenos. Allí le dan una pequeña porción de una especie de maná del que siempre comen y nunca se acaba.

Se ve, pues, que por un generoso instinto del corazón humano creen los carolinos en la inmortalidad del alma, y conservan, aunque muy corrompidas algunas de las primitivas tradiciones de la humanidad. Religión propiamente dicha no la tienen los carolinos, porque no tienen ninguna clase de sacrificio, y el sacrificio en una u otra forma es la esencia de la Religión.

Esto es todo lo que los padres han podido sacarles a los carolinos de Yap, relativo a sus dogmas, en todo el tiempo que han estado allí. Todo cuanto se ha escrito sobre el asunto, fuera de lo que dejamos dicho, lo tenemos por sospechoso, y creemos en sus autores, víctimas de una equivocación. El *machimachi*, el *balete sagrado*, la cueva, etcétera, etc., son yerros a que dió origen la ignorancia de la lengua.

La moral de dichos naturales no es mucho más complicada que sus dogmas. No observan o por mejor decir, no conocen más que el cuarto, séptimo y octavo mandamiento de la ley de Dios. Los tres primeros los

ignoran completamente. El quinto no regía para ellos: pues tenían la bárbara costumbre de matar al que les ofendía en su honor. la familia del muerto quedaba obligada a vengar esta muerte con otra, y ambas familias quedaban así en guerra y proseguían dándose la muerte hasta que se acababan, o la ofensora redimía la ofensa, con la moneda de más valor, que son unas piedras grandes y redondas, como las de nuestros molinos, pero de menos espesor.

El sexto, nono y décimo precepto del decálogo les parecían cosas del otro mundo. No conocían la angélica virtud de la pureza en ninguno de sus grados. No podían comprender en alto timbre y grandes prerrogativas de la virginidad, ni la continencia en el celibato, ni la castidad conyugal, ni menos todavía la castidad viudal. Consideran a la mujer como un ser de inferior condición, criado únicamente para el servicio y el placer del hombre. Así es que cuando quieren tomar mujer, no cuentan para nada con la voluntad, ni con el cariño de su futura esposa. La compran, por decirlo así, a su padre, a cambio de concha de carey o de piedra moneda; pues si el padre recibe el presente de esta materia que aquel le ofrece, la hija es ya del pretendiente, y al otro día se va sola a su casa, y queda efectuado el enlace sin más ceremonias.

Una vez en casa, corren por su cuenta los trabajos del campo y de la cocina o en otros términos corren por su cuenta mantener a su marido. Ella no se considera a sí como compañera del hombre, sino como sierva: así es, que si el marido toma otra mujer,

ella no se ofende, sino al contrario, se alegra *considerándola como una compañera* de sus trabajos repartiendo con ella las faenas del campo y las de la casa. Por la misma razón no se atreven a dar ni a recibir cosa alguna, estando ausente el marido, pues a él pertenecen exclusivamente tales cosas. Cuando el marido recibe una visita, ella guarda un profundo silencio o se ausenta, si no es invitada por su esposo a tomar parte en la visita. A él lo trata con mucho respeto y cariño para no desagradarle: y ¡ay de la que tiene la desgracia de disgustar o causar fastidio a su marido! Esta infeliz es vendida por lo que costó, poco más o menos, y es vendida para ser esclava.

Estando ya allí nuestros misioneros, ocurrió un caso de estos. La infeliz llegó a conocer que el marido no estaba contento con ella; previendo la venta, se escondía de noche para que los raptores o compradores no la encontrasen; y nadie extrañe que se escondiera, porque los hombres de Yap, no duermen de noche en sus casas, sino en la *casa grande*, especie de *harén*, donde tienen recluidas unas cuantas mujeres forasteras, robadas a sus padres o maridos, o bien compradas en las formas que lo fué la del caso, que vamos contando. Dos noches estuvieron buscando a la pobre mujer, y a la tercera la encontraron como un pájaro sobre el techo de la casa; la amenazaron de muerte, si chistaba; la ataron juntamente de pies y manos, metieron por entre ellos un palo largo, se lo echaron dos al hombro, y colgando de él se la llevaron a la *casa grande* de su pueblo. En la primera ocasión que pudo se escapó la

pobre y vino a contar su desgracia a los misioneros; estos reprendieron agriamente a los raptores y los amenazaron con dar parte al Gobernador para que los castigara, si no se enmendaban, y por este medio pusieron en libertad a la pobre mujer, que después se hizo cristiana.

Tal era la isla de Yap, tal la vida y costumbres de sus moradores, cuando nuestros misioneros llegaron a ella; hoy a pesar del poco tiempo que llevan allí, se nota una gran diferencia. La natural ferocidad del salvaje se ha mitigado: sus guerras y venganzas mútuas se han extinguido por completo: en unos pueblos ha desaparecido la esclavitud: en otros han sido los naturales regenerados con las aguas del *santo bautismo*, y llenos de fe acuden a la capilla a rezar una salve a la Patrona de los españoles, que así llaman ellos a la Inmaculada. Pero estas cosas, que sólo son un preludio de lo que promete aquel fértil campo, no se han hecho sin grandes trabajos por parte de nuestros religiosos, como se dirá más adelante.

## XIII

*Situación de los Religiosos al saltar en tierra; su primer albergue: compran un terreno para instalarse; plantan en él la Cruz; trabajo que les cuesta hacer una choza donde meterse.*

L 29 de Julio de 1886 llegaron a Santa María de Yap los seis misioneros que ya conocen nuestros lectores. Apenas saltaron en tierra como buenos súbditos españoles se presentaron al Sr. Gobernador, ofreciéndole sus respetos. Este, que era persona de mucho mérito, y de las pocas que ocupan dignamente tales puestos en estos calamitosos tiempos, los recibió con mucho agrado y alegría, (como que los esperaba con impaciencia); pe-

ro alegría mezclada de sentimiento por no poder colocarlos como él quería.

La situación de los PP. era por cierto angustiosa. El vapor que les llevó, no estuvo en el puerto más que el tiempo necesario para desembarcar los muebles y comestibles que llevaban, y de seguida zarpó con rumbo al occidente; de modo que los pobres religiosos se encontraron en tierra sin tener donde guardar los pocos víveres que llevaban. Aquí es de advertir que al Sr. Gobernador le había pasado lo mismo un mes antes, al desembarcar en Yap; y en este tiempo aún no había podido construir lugar suficiente para guarecer la tropa, provisiones, etc., de manera que todo lo que el Gobernador pudo hacer con su buena voluntad, fué darles una tienda de campaña, donde los pobrecitos se acomodaron con tanta estrechez, como sardinas en banasta, durmiendo unos en un catre, y otros sobre los cajones de los víveres. A la entrada de la tienda hicieron un tinglado con planchas de zinc, colocadas sobre cañas, y este improvisado albergue les servía a la vez de escritorio, comedor, sala de visita, bufete y no sabemos cuantas cosas más.

Remediadas las primeras necesidades, pensaron los misioneros en escoger un sitio donde fabricar la Iglesia y casita; y al efecto escogieron la colina donde el cañonero alemán plantó la bandera germánica. Muchas dificultades tuvieron que superar para conseguir su objeto, pues el terreno era propiedad de muchos carolinos, y según su costumbre, unos tenían en él cinco cocos, otros tres, éste un plantel de camote, y aquél un hoyo de gavi. Viendo que era imposible entenderse

con tantos poseedores a un tiempo, se vieron obligados a contratar el terreno con el reye-

VIVIENDA PROVISIONAL DE LOS PP. MISIONEROS

zuelo de Rul de cuya jurisdicción era, quedando éste obligado a repartir el importe de

la venta entre sus súbditos equitativamente. Se hizo escritura del contrato firmada por el Rey, el Sr. Gobernardor, Secretario e intérprete y Superior de los nuestros, quedando estos dueños del terreno mediante la cantidad de 100 pesos.

El día diez y seis de Julio, aprovechando los Religiosos la circunstancias de ser el día de la Exaltación de la Santa Cruz, quisieron enarbolar en lo alto de la colina la gloriosa insignia de nuestra redención. El acto fué muy solemne y digno de referido detalladamente. Dejemos que nos lo refiera uno de los padres, como testigo de vista. «Asistieron a él lo más selecto de la colonia; el Sr. Gobernador con su Secretario, el Teniente con su fuerza armada, Doña Bartola con los suyos, etc., etc. Llegados al lugar se bendijo el sagrado madero, y se colocó en el hoyo preparado de antemano, estando entre tanto la tropa con bayoneta calada, presentando armas. Se terminó con gloriosos vivas a la Religión y a España: vivas que por vez primera repitió el eco en las montañas de Yap, llenando nuestros corazones de ese entusiasmo y de ese amor, que se siente por la patria, cuando se vive lejos de ella.»

Una vez dueños del terreno, se pusieron nuestros apostólicos varones a recoger y acarrear materiales para hacer su casita. Pero, ¡cuánto sudor tuvieron que derramar y cuántos trabajos que sufrir bajo el sol abrasador de la zona tórrida, y recibiendo sobre su pesado hábito las lluvias terrenciales de las Carolinas! A fuerza de tanto mojarse y de tener continuamente enterrados los pies en el barro, enfermaron o por mejor decir, se

les cubrieron pies y piernas de llagas dolorosas, que no sólo los imposibilitaban para trabajar, sino hasta para decir misa; pues hubo padre que en más de medio mes no pudo celebrar el santo sacrificio. Compadecido el Gobernador y oficiales de la triste

BENDICIÓN Y COLOCACIÓN DE LA SANTA CRUZ

situación de los religiosos, les enviaban todos los días dos soldados o disciplinarios, para que les ayudasen. Lo mismo hizo muchas veces la famosa Doña Bartola, enviando sus criados

a trabajar y a llevar algún socorro a nuestros misioneros.

Entretanto la casa del gobierno iba adelantando, y para techarla fué preciso quitar a los religiosos las planchas del tinglado que les servía de comedor, dormitorio, etc., etc, y quedaron los bienaventurados sólo con las tiendas de campaña y una barraca dentro de las cuales llovía un poco menos que fuera. Así es que no podían dejar el paragnas de la mano en los días de lluvias. Si rezaban, el breviario en una mano y el paraguas en la otra; si leían, lo mismo, y si escribían, tenía uno que estar detrás del escritor con el paraguas abierto para que el papel no se mojara. Pero la comida era lo más gracioso de todo. «El día de las Llagas de nuestro Seráfico Padre San Francisco (escribe un padre) nos sirvió la comida de distracción. Estábamos de pie unos y sentados otros, con la cuchara en una mano, y en la otra el paraguas; la mesa mojada y los pies metidos en el barro. Llovía tan fuertemente que cadá uno aumentaba el caldo del plato de su compañero con el agua que escurría el paraguas, sin ser posible apurar ningún plato. Aquella noche hubo alguno de nosotros, que durmió con dos paraguas (porque no tenía más) uno en cada mano y aún con eso no logró tener enjuta la cama.»

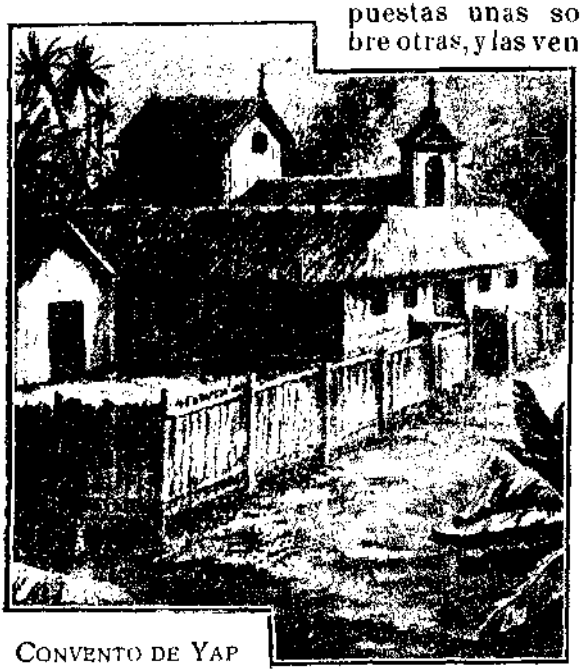
Tales fueron algunos de los primeros trabajillos, que los misioneros padecieron en Yap, pero los sufrieron con aquella resignación, aquella santa alegría y aquella dulce satisfacción, que causa en un alma justa cualquier sacrificio que hace por la gloria de Dios o en cumplimiento de un deber sagrado.

## XIV

*La nueva casa de los misioneros; un bautismo protestante; castigo evidente; pascuas de Navidad.*

UNQUE la choza no estaba todavía en condiciones de ser habitada, quisieron los religiosos trasladarse a ella en el señalado día de N. S. P. S. Francisco, sin perjuicio de seguir trabajando luego para acomodarla a sus presentes necesidades. ¡Oh con qué gozo debió mirar nuestro santo Patriarca aquella nueva morada de sus verdaderos hijos! ¡Oh qué convento tan seráfico! ¡No era tan pobre ni tan estrecho el que hizo S. Pedro de Alcántara en Monte-Pedroso! Ni el mismo que hizo nuestro ínclito Patriarca en la Porciúncula, le ganaba en estrechez y pobreza. Nosotros podemos describirlo detalladamente, porque tuvimos el consuelo de morar en él algunos días

Las columnas que sostienen el edificio eran troncos de frágil coco: el armazón del edificio lo componen unos cuantos palos cortados en el bosque; la techumbre es de nipa, colocada sobre cañas: las paredes son de tabla moruna puestas unas sobre otras, y las ven-



CONVENTO DE YAP

tanas de la misma construcción. El claustro es tan angosto que no pueden pasar por el dos a la vez; y las celdas tan estrechas, que, el que tiene una estatura algo más de lo regular no puede estirarse en la cama, y esto lo sabemos por experiencia. Las demás habitaciones adolecen del mismo achaque, y

los enseres corresponden a ellas perfectamente. La mesa del refectorio son dos tablas largas unidas entre sí; las sillas unas cajas vacías y un banco que hicieron con madera de bonga; este último lo tienen en el aposento que les sirve de escuela, el cual está sumamente ventilado; ¡como que no tiene puertas ni ventanas! Por último, el pavimento es de tierra, tan al natural como estaba en un principio, sólo que con el continuo pisar se ha puesto liso y llano. La capilla era lo único, que no correspondía al resto de la casa, pues, aunque estrecha como todo lo demás, estaba decentemente adornada. En esta casa entraron nuestros misioneros el día de nuestro gran Patriarca, y aun entonces, no tenía todas las comodidades que dejamos mencionadas.

Poco tiempo después de habitar nuestros Religiosos su primera casita, aconteció en la isla un caso, que queremos recordar aquí para perpétua memoria. A uno de los comerciantes alemanes establecidos en las cercanías le nació un hijo, cuyo nacimiento coincidió con la llegada de un buque también alemán, que le traía provisiones. El capitán del barco y el padre de aquella desgraciada criatura, no se sabe a punto fijo, si eran protestantes o judíos, o racionalistas o indiferentes, o todo eso a un tiempo. El resultado fué que hicieron una fiesta profana para dar nombre al recién nacido. Como en este mundo se habla tanto, unos decían «que lo habían bautizado otros que lo habían circuncidado, otros que el bautismo había consistido en burlarse del bautismo de los católicos; diciendo el capitán del buque (que hizo de ministro) al

terminarlo, este horrible juramento: ¡Que mi barco se pierda, si este niño no está más bien bautizado, que los que bautizan los papistas! No sabemos con qué fundamento se decían estas cosas; lo que sí sabemos es que el barco pereció a vista de toda la isla, y que su casco se ve hoy en la rompiente, roto y desarbolado.

El caso fué como sigue: Algunos días después de la fiesta, salió el dicho barco del puerto con rumbo a Sevilla y Lisboa, cargado de *copra*. La mañana estaba lluviosa, pero sin fuertes vientos; mas al llegar a la rompiente que cierra el puerto, dejando un canal muy estrecho, vino un fuerte chubasco, con tan recias bocanadas de viento, que sin poderse valer los marineros, arrojó la embarcación sobre un peñasco y la estrelló. Los marineros unos cayeron al agua, y otros quedaron heridos del golpe; pero afortunadamente ninguno pereció en el acto; aunque quedaron algunos bien heridos y maltrechos, no siendo el capitán de los que quedaron mejor parados. Así castigó Dios su osadía, (si fué verdad que se echó tan terrible maldición,) lo cual consiguamos aquí para escarmiento de los maldicientes.

Las primeras funciones que se celebraron en Sta. María de Yap fueron las de la Inmaculada y su octava. Cuando, para explicar a los indios el objeto de la función, les revelaban los sublimes y sacrosantos dogmas de nuestra augusta Religión, la creación de nuestros primeros padres, su felicidad, su inocencia, la terrible caída y el miserable estado en que nos dejó; cuando les decían, que Dios en su misericordia quiso levantar al

hombre caído, haciéndose hombre; cuando les decían, cómo para efectuar Dios sus designios, se creó una Madre digna de sí, con más inocencia, más hermosura, más gracias y privilegios, que la primera Eva; cuando estas cosas les decían, llenos de admiración al conocer la infinita mi-

HORRIBLE JURAMENTO

sericordia de Dios y las grandezas de su divina Madre, protectora y abogada de los hombres, lloraban emocionados, y se acogían a la protección de tan excelsa Señora.

En las fiestas de Navidad acabaron de instruir a los primeros neófitos en los misterios de nuestra santa fe relativos a María. Cómo concibió al Verbo Eterno sobrenaturalmente por virtud del Espíritu Santo; cómo lo dió a luz en un portalito pobre, también sobrenaturalmente y sin detrimento de su virginal pureza; y cómo aquel divino Infante nacía para salvarnos y librarnos de la tiranía del demonio, por cuyo motivo celebraban su nacimiento con fiestas y regocijos.

Porque en hecho de verdad (y lo diremos de paso) celebraron aquella Pascua con mucha solemnidad. A la Misa del Gallo asistió toda la colonia y una multitud de carolinos. Formaron una orquesta compuesta del corneta de la compañía, una flauta, que tocaba un soldado, una enorme zambomba, una pandereta, que tocaba un padre lindamente y no sabemos si una guitarra o algún otro instrumento; todo lo cual debía producir un ruido desapacible; pero que a los pobrecitos indígenas les parecía más armonioso, que a nosotros las concepciones de Eslava y la voz de Gayarre.

Así pasaron nuestros religiosos el primer año de su misión, mezclando el gozo con las penas, y el trabajo con el consuelo, pues de ambas cosas tuvieron bastante: porque la vida del misionero fervoroso es una constante alternativa de fatigas y descanso, sufrimiento y alegría.

## XV

*El primer bautismo; Doña Bartola; una expedición al Sur de la isla; recuerdos y esperanzas.*

Ya tenían los padres algunos neófitos entre los naturales de la isla, cuando una mañana uno de ellos se acercó a casa algo triste y meditabundo. Los tres padres que se hallaban paseando en el camino de la nueva huerta le preguntaron la causa, y él respondía a todos con la amabilidad del salvaje.

—Vamos ¿qué tienes? ¿por qué estás triste?

—Señor, la mujer enferma. Llora mucho.

—Pero ¿qué tiene?

—¡Padre, tiene un niño, y el niño llora también con ella!

—¿Quieres que vayamos a verla, a ver si podemos darla algún alivio?

-Sí, padre, yo los acompañaré.

Apoyándose en sus largos báculos seguían los misioneros al pobre que se creía ya venturoso, porque los padres iban a visitar su casa. Esta estaba bastante separada de la Misión y había que atravesar parte del bosque para llegar a ella. Caminando un buen rato por aquellos matorrales, lograron ver por fin la mísera chocita, que les servía de albergue: era estrecha, baja y desaseada como todas. Entraron dentro como pudieron y,vieron un cuadro tristísimo, digno de que lo contemplaran las madres europeas, para que vieran lo que deben a la Religión.

La buena mujer estaba tendida en el santo suelo, sin más almohada que la dura tierra, y sin más colcha ni cubierta que su vestido ordinario, compuesto de hojas largas, como las del maíz, y secas como el esparto. Sus ojos hundidos y humedecidos por el llanto; su cara demacrada y triste; su voz enronquecida y su respirar fatigoso indicaban que era atormentada por maligna fiebre, y en fin, su nuevo estado de madre estaba pidiendo a voces algún alimento más sólido del que ellos usan, y una cama más cómoda que la que tenía la infeliz. Pero, ¿y el niño que estaba a su lado? ¡angelito de Dios! Contaba pocos días de existencia y tiritaba de frío. Desnudito como nació, estaba metido en la corteza de una hoja de bonga, que le servía de cuna. ¡Pero qué cuna tan estrecha! ¡Cuántos pajaritos tienen en su nido más holgura y comodidad!... Pues allí en aquella hoja de bonga, puesta sobre el suelo yacía el pobrecillo in-

fante, con el cuerpecito untado de aceite de coco, para que los mosquitos no se avanzaran a picarle. ¡Qué lástima daba el verlo! Las lágrimas se agolparon a los ojos de los misioneros, que consolaron como pudieron a la madre y le hicieron algún regalo para ella y para su hijo. La madre agradecida regaló esta cuna de su niño a nuestro Rmo. Padre Provincial, quien la destinó a la Exposición vaticana, donde lució grandemente.

Como los padres de este pequeñuelo eran ya neófitos, según dijimos, les costó poco a los misioneros convencerles de la necesidad de administrar el bautismo al tierno niño para que se le borrase la mancha original, con que nacía y quedara hecho miembro vivo de la Iglesia de Cristo. Ellos accedieron gustosos a las indicaciones que se les hacían y convinieron en llevarlo a bautizar, cuando su madre se pusiera buena, pues ésta quería presenciar la augusta ceremonia. Por fin determinaron purificar aquella criatura de la mancha original, el mismo día de la Purificación de Nuestra Señora, dos de Febrero.

Llegó la fiesta de la Candelaria. Los esposos se presentaron trayendo consigo a su pequeñuelo y a una turba de curiosos que querían ver la ceremonia del bautismo. Los misioneros aprovecharon la ocasión para dar nuevas instrucciones a los concurrentes. Les hablaron de la creación del hombre; de la culpa que cometieron nuestros primeros padres en el Paraiso, culpa que nosotros heredamos con la naturaleza misma; cómo el Redentor del mundo ordenó sabiamente, que aquella mancha fuera lavada con las aguas del bautismo, y cómo en cumplimiento de

aquella ordenación divina, se administraba aquel Santo Sacramento al tierno niño para

LOS MISIONEROS APROVECHARON LA OCASIÓN...

hacerle hijo adoptivo de Dios y heredero de su reino.

Con esto se procedió al rito sagrado; y aquel dichoso niño fué el primer cristiano natural de Yap. Se le puso por nombre León, en honor del Sumo Pontífice León XIII que tanto se interesó por las Carolinas, cuando la cuestión hispano-alemana, fueron sus padrinos el Secretario del Gobernador, y la famosa doña Bartola.

Ya que hemos nombrado a esta buena señora, la gratitud nos obliga a decir dos palabras de ella. Es natural de las Marianas y allí fué educada en la Religión católica por los Padres Recoletos. En sus buenos días casó con un americano, capitán de un barco que comerciaba en todas aquellas islas, y se establecieron en Yap, como punto más céntrico. En uno de los viajes pereció el marido, y ella se quedó sola, sin más compañía que la de un sobrino pequeño, y algunos criados que trafican con sus barcas. Es una señora muy honrada, y que ha hecho cuanto ha podido por los misioneros y por todos los españoles, que han estado en la isla, porque es muy española. Ella fué la que pretendió sostener la soberanía de España en Yap, cuando el inaudito atentado de Alemania; acción a la cual debe toda su celebridad.

La fama más veloz que el viento esparció por la isla la noticia del primer bautismo, y de las altas verdades que los Padres enseñaban. De todas partes llovía gente, pidiendo a los misioneros que fueran a establecerse cerca de ellos, hasta que por fin determinaron pasar al sur de la isla, pueblo de Gudor, que es uno de los puntos más poblados. Al efecto se preparó una expedición que no se llevó a cabo hasta que llegamos nosotros. Acompa-

ñado del Rmo. Padre Provincial y del nuevo Gobernador, que deseaba recorrer la isla, se embarcaron nuestros misioneros en un bote para dar la vuelta por mar, porque en el interior no hay camino transitable, sino sendas desusadas, que se internan por el bosque y que extravían a cualquiera

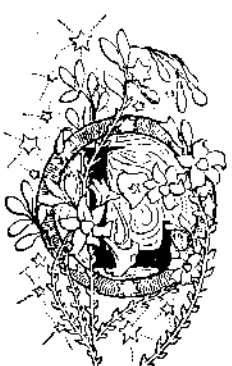
Después de algunas horas, que iban costeando viento en popa, llegaron al citado pueblo; atracan a la playa y apenas los vieron unos muchachos, que juegan en ella, salieron huyendo a dar cuenta de la novedad al jefe de la tribu. Este era un anciano venerable, de fisonomía expresiva y de carácter apacible, al cual daban cierta dignidad las canas de su cabeza. Parecía uno de aquellos antiguos patriarcas sentados con sus hijos debajo de una palmera o a la orilla del Jordán. Hizo venir toda la gente de la cercanía a ofrecer sus respetos al Gobernador y a los Padres. Estos por su parte hicieron mesa redonda, que no tenían otro mantel que la verde yerba; sacaron las provisiones que llevaban, las repartieron entre los naturales, y aunque no en mucha abundancia, alcanzó para todos. Luego hicieron algunos regalitos a los naturales, que encantados de la amabilidad del Gobernador y misioneros, no tenían palabras con que alabarlos. El jefe de la tribu prometió hacer una casa y escuela para que un Padre se fuera allí e instruyera a la gente de sus pueblos; cumplió su promesa siendo la obra dirigida por un Padre y un Hermano que se establecieron allí: y esta fué la segunda misión de la isla.

Los expedicionarios volvieron ya oscurecido, pero muy contentos. Sentáronse a la

puerta del convento para gozar un poco de la frescura y silencio de la noche. Yo me senté entre ellos. Hice girar la conversación sobre mi pronta vuelta a España, y un Padre me dijo: Cuando V. R. vuelva a pisar el suelo de nuestra patria le rodearán los curiosos para oirle contar las costumbres de estos salvajes, y las escenas ya tristes, ya alegres que aquí hemos presenciado. Estos trabajos de ahora, se convertirán entonces en manantial de dulces recuerdos. Les dirá que en las Carolinas hay un pueblo que vive escondido entre las selvas, y que pretende traer su origen del alto cielo; que en medio de estos bosques hay numerosas tribus que aman y veneran el nombre de España, y que cuando se les pregunta por su nacionalidad contestan: Yo soy carolino español. En fin, entre aquellos hermanos nuestros será V. R. un viajero, que habiendo recorrido el mundo, va a dejarlos absortos, con las maravillosas relaciones que les hará.» En esto la campanilla del reloj hizo sonar la hora del descanso, y nos fuimos a la capilla a pedir la bendición de la Virgen, para que nos librara durante el sueño de las acechanzas del espíritu malo, enemigo del hombre.

## XVI

*Escenas carolinas: la caja de cerillas: el reloj; el crucifijo; la Virgen del Buen Consejo; el espejo.*



La admiración que causaban a los naturales los objetos más comunes y triviales que veían en casa, o que los padres les enseñaban, dió lugar a muchas y curiosísimas escenas, más dignas de verse que de escribirse. Daremos aquí a conocer algunas de las que presenciamos en ambas misiones para recreo de los lectores, y para que puedan formarse una idea de la sencillez y del atraso en que viven aquellos infelices en el pleno siglo diez y nueve.

Para ellos, que no conocían los fósforos, una caja de cerillas era un misterio incom-

prensible. Eso de abrir la caja, coger un fósforo, refregarlo en el borde de la misma, crujir y salir fuego, les causaba a ellos más admiración, que aquí a un niño ver que el saltisbanqui le sacaba un huevo de la nariz, o le convierte la peseta que le dió en una muela de asno. En una ocasión dimos a uno de aquellos indios que más etupefactos estaban un fósforo para que lo encendiera: el hombre con cierta sonrisa en los lábios, pero asustado y temblando, echó maño a la caja y empezó a restregarlo. Al tronar y romper la cabecilla en llama, tira el fósforo y la caja, y da un salto atrás, volviendo la cabeza como si hubiera visto delante de sí un reptil ponzoñoso. Los espectadores soltaron la gran carcajada, carcajada que después repitió él mirándose los dedos y viendo que no le había pasado nada.

Para ellos el más rudo instrumento de carpintería, de labranza o de cualquier oficio, era un adelanto singular. Pero no hay que extrañarlo pues hace pocos años que no tenían, (y todavía muchísimos no tienen) más cuchillo que la espina dorsal de un pescado, ni más azuela o hacha que un pedazo de pedernal con filo, atado a un palo. Cuando nos veníamos regalaron los naturales a nuestro Rmo. P. Provincial muchos objetos de esta clase. Preguntamos a uno cuanto tiempo empleaban antes en cortar un árbol grande o en hacer una *vinta* con aquellas hachas de piedra, y no supo precisarlo. Según dió a entender, solían ir los adultos de la familia a la corta del árbol cuando era grande. Empezaban a herir y golpear el tronco; cuando uno se cansaba, comenzaba el otro, des-

pués el otro; y así que todos se fatigaban, se volvían a su choza. El día siguiente era preciso empleario en afilar el hacha que se había puesto roma, como canto rodado. Esta operación no costaba menos, pues el filo había que sacarlo rozando con otra piedra y así afilaban dos a la vez. Resultado, que mientras cortaban el árbol y ahuecaban el tronco para hacer una lancha, se les pasaba la vida. Aun ahora que tienen algunas hachas y azuelas, como las nuestras, echan meses y años en hacerlo... ¿qué sería entonces?

Otras de las cosas que más les llamó la atención fué el reloj que colocamos en el zaguán que nos servía de escuela. Una máquina moviéndose por sí sola, marcando las horas del día y tocando una campana; la coincidencia del número de campanadas, con el de las horas, y la péndola y el horario girando acompasadamente, era para ellos un misterio inexplicable. Ninguno que lo vió por vez primera creía que andaba solo. Todo era dar vueltas alrededor y mirar dentro de la caja a ver si alguien lo movía, hasta que por fin llegaban a persuadirse, que los españoles sabían hacer cosas, que ellos no eran capaces de comprenderlas.

En una ocasión vino a la misión un individuo de un lugar lejano, atraído por las cosas que había oído contar. Otro carolino ya catecúmeno le iba dando razón de todo. Cuando le enseñó el crucifijo, le ponderó la misericordia del Hombre Dios, que había dado su vida por la salvación de todos los hombres; pero el otro con una viveza y una sencillez admirable le interrumpió: ¡He! ¡eh! un Señor tan bueno era carolino. ¿No lo ves? El

pelo largo... descalzo... desnudo como nosotros. No tiene más ¡No tiene más que el sudario! ¡Carolino! ¡carolino! y apretaba la cruz entre sus manos en señal de ca-

ESCENA DEL RELOJ

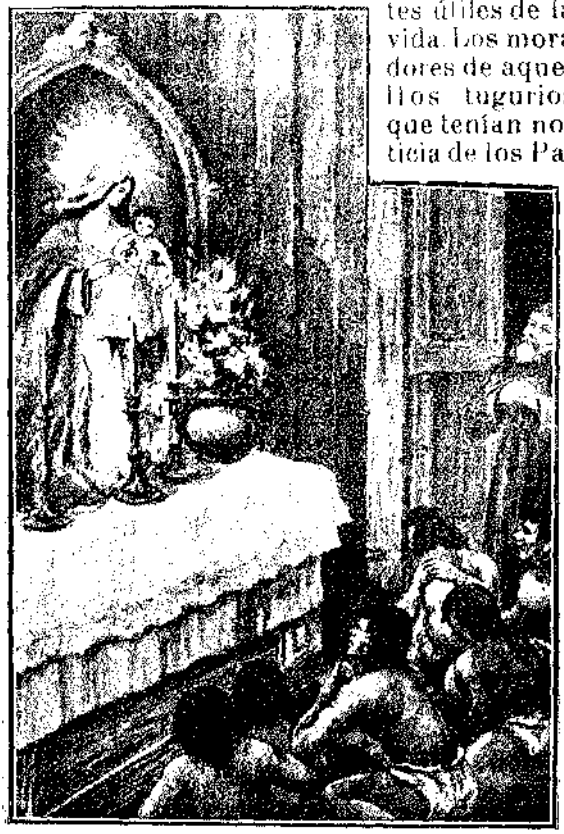
riño. El catecúmeno le dió a entender que no había tal cosa; que era hijo de Dios y de la Virgen; que los judíos lo desnudaron para crucificarlo; y

que aquella desnudez era signo de castigo y de afrenta.

La hermosísima imágen de la Virgen del del Buen Consejo los enternecía grandemente, sobre todo a las mujeres. En aquel Niño Dios tan cariñoso, y en aquella cara de la Madre tan humilde y tan divina, descubrían ellos algo sobrenatural. Muchas las vimos llorar contemplando aquel cuadro con los ojos fijos en él. Nos preguntaban por Ella, como si fuera una persona amiga nuestra; y nosotros les deciamos, que era la Madre de Dios, la Emperatriz de los cielos, la Reina de los ángeles y de los hombres. Ellos atraídos por aquel aspecto de grandeza y aquella expresión tan benigna que se retrata en el semblante de nuestra dulcísima Madre, preguntaban: ¿Y querrá también ser reina nuestra? ¿No tendrá a menos llamarse madre de los carolinos? ¡Cal era nuestra respuesta. ¡Cal Precisamente es Ella quien nos ha enviado aquí para que todos vayais al cielo. Aquí era el llenarse de gozo y entusiasmo, llamando a la Virgen «ojos bonitos, cara de santa, labios de flores», y otras expresiones sencillísimas, pero significativas, que no acertamos a traducir.

Una de las cosas que hubieran hecho reir a las piedras, si estas fueran risibles, es la que vamos a referir. Salieron un día los misioneros de nuestra casa llevando consigo algunos objetos de los que les sirven para atraerse la buena voluntad de los indios, y se internaron en el bosque. Toparon por casualidad con unas chozas, que estaban rodeadas de plátanos frondosos, y se dirigieron a ellas. Se anunciaron como españoles

que venían a vivir con ellos, para enseñarles la ley de Dios, las buenas costumbres de España y los artes útiles de la vida. Los moradores de aquellos tugurios que tenían noticia de los Pa-



ADMIRANDO ENTERNECIDOS A LA VIRGEN

dres, se alegraron de su venida; pero tímidos y vergonzosos, no se atrevían compa-

recer desnudos delante de personas vestidas. Llamaron a dos o tres y se sentaron a conversar amigablemente con ellos. Poco a poco empezaron a asomar cabezas por los agujeros de las chozas, luego comenzaron niños y mujeres a salir por la puerta, y por último se vieron rodeados por una cuadrilla de indios de todas edades. Los misioneros se las entendieron con todos: este acariciaba a los niños; aquel daba largos zarcillos a las mujeres que se los colgaban indistintamente de las narices o de las orejas; y el otro colgaba al cuello de los hombres una medalla de la Virgen pendiente de una cinta encarnada; pero a lo mejor se las quitaban los pobrecitos del cuello y se las colgaban en las orejas.

Un Padre que llevaba un espejo pequeñito de esos redondos tuvo la ocurrencia de colgárselo al cuello al que parecía jefe de la familia. Al verse los chicos en el espejo, comenzaron a dar gritos de asombro mezclados de alegría; las mujeres estaban maravilladas; el buen hombre inclinó la frente hacia su pecho a ver lo que era; y así que se vió cabeza abajo, con asombro indescriptible y una celeridad admirable se echó mano a la cabeza, a ver si la tenía sobre los hombros. Vuelve a mirarse y vuelve a tocarse y a darle vueltas a la cabeza; pero ya sonriéndose y haciéndose cargo de la ilusión de su vista. Después todo era darle vueltas al espejo y mirarlo por detrás a ver si adivinaba el misterio; pero todo fué inútil. Los misioneros se volvieron satisfechos de su expedición y ellos quedaron complacidos, amigos de los Padres y admiradores de la patria que les había allí enviado.

Los carolinos, aunque van casi desnudos, son amigos de vestirse, y les gusta la ropa, sobre todo si es de color. Cuando los Padres les dan una camisa o un pañuelo colorado creen que han conseguido un tesoro. Lo guardan con esmero y sólo se lo ponen en los días clásicos, o cuando van a visitar a los Padres, porque estos no permiten que se les presenten desnudos más que los pobrecitos que no tienen con qué cubrirse. ¡Cuánto bien se podría hacer y cuántos podrían participar de los frutos espirituales de aquellas misiones, enviando juguetes de niños, pedazos de ropa o vestidos deshechados, de esos que se están muriendo de risa en el armario de muchas damas! Todo, hasta la cosa más insignificante puede servir a los misioneros para captarse la simpatía de los carolinos, porque estos no tienen nada, les hace falta todo, y así agradecen cualquiera cosita que se les da.

Antes de terminar este artículo vamos a hacer una advertencia en honor de la verdad y es que aunque estas escenas las referimos antes de indicar nuestra salida de Yap, no pasaron todas en dicha isla; sino que las hemos colocado juntas por parecernos más conveniente. Tampoco las presenciamos todas y por eso hablamos de unas como testigo de vista, y en otras de simple referencia.

Hecha esta salvedad, seguiremos el hilo de la historia, suspendiendo por un momento el relato de la misión de Santa María de Yap, para trasladarnos con los otros misioneros a las Carolinas orientales, cuya misión daremos a conocer seguidamente.

En el tiempo que estuvimos en Yap vieron por experiencia nuestros misioneros

orientales las mil dificultades que tenían que vencer para hacer algún fruto en aquellas almas. Su lenjuaje completamente desconocido; sus costumbres inveteradas y bárbaras; su ignorancia crasa de toda religión, de todo culto y de todo lo espiritual; la grosería natural de su trato, y otras mil cosas por el estilo eran capaces de acobardar el ánimo más valiente y fervoroso; pero todo esto no hizo más que animarlos y confortarlos en su vocación, sabiendo que Dios elige las cosas flacas del mundo, para confundir a las fuertes, y que, como dice el Evangelio, todas las cosas son posibles al verdadero creyente. Con estas santas consideraciones se preparaban para emprender la marcha.

## XVII

*Salida de Yap; Islas que se encuentran antes de llegar a la Ascensión; Llegada a esta última; Casa provisional; Semana Santa; Rendición de armas y primer bautismo en Ponapé.*

QUINCE días permanecimos en Santa María de Yap, gozando la amigable compañía de nuestros hermanos, y las gratas impresiones, que producen en el alma la novedad de un clima desconocido, y la variedad de costumbres que veíamos en aquellos salvajes que en el último tercio del siglo XIX no habían salido todavía del primitivo estado natural. Pero al fin, llegó el día en que el vapor había de continuar su rumbo, y tuvimos que separarnos de nuestros hermanos, con la esperanza de volver a verlos al regresar de nuestra larga expedición.

El día seis de Marzo dejamos la isla de

Yap y emprendimos de nuevo nuestro viaje a la Ascensión. Cuando nos internamos en el océano, hallamos un mar bonancible, bonanza que nos duró hasta el término del viaje. Durante la travesía, encontramos una multitud de pequeñas islas, que parecían gotas de aceite sobrenadando en la inmensidad del grande océano, o montes de tierra fecunda que la providencia colocó en la inmensidad de los mares para mostrar al intrépido navegante el derrotero del nuevo mundo. Tal nos pareció el archipiélago de Oleay, que fué la primera tierra que descubrimos desde que salimos de Yap.

El diez, al anochecer pasamos junto a la islita de Pulusur; antes se creía deshabitada; pero entonces vimos que allí había gente. Dos veces encendieron luz en su costa con signos tan marcados, que muchos creyeron que pedían auxilio o al menos que el vapor se acercara; pero a este le fué imposible hacerlo, a causa de los bajos que rodean la citada isla por todas partes.

El día once lo pasamos casi todo a vista de Truc, archipiélago famoso por la ferocidad de sus habitantes; pues dicen que han matado y se han comido no sólo a los náufragos que la tempestad arrojaba a sus costas, sino a los europeos que quisieron establecer allí factorías, y hasta los ministros protestantes que fueron de Ascensión a civilizarlos (a explotarlos digo.) Después de Truc, pasamos por las islas de Perkins; por fin, el día catorce amanecimos a vista de la Ascensión, término de nuestro largo viaje.

A las once de la mañana fondeó el vapor en el angosto puerto de Not, y de seguido se

vió rodeado de las lanchas que conducían a bordo los personajes más selectos de la isla; éstos eran americanos, ingleses y alemanes que tienen allí establecimientos; un gallego natural de Santiago, náufrago, arrojado a aquellas costas; portugueses, mejicanos, y otros varios a quienes una tempestad o su mala suerte había conducido a tan apartada región. No faltaron algunos naturales, ni tampoco los ministros protestantes. Nos habían dicho tantas alabanzas de la ciencia y piedad de estos hombres que creíamos encontrarnos nada menos que con Agustín y Gerónimo; pero después tuvimos el consuelo de ver que eran dos mamarrachos dignos de compasión.

Tales cosas nos habían contado en el camino de la cultura y religiosidad de sus habitantes, que pensábamos hallar en la Ascensión la cultura de los gaditanos y la floreciente cristiandad que en tiempos dorados hubo en Edesa o en Alejandría. ¡Cual sería, pues, nuestra admiración al encontrarnos con un pueblo bárbaro que a su natural salvajismo unía algunos vicios de los pueblos civilizados! ¡Cual sería nuestro asombro al ver que la mayoría no tenía ni siquiera idea de la creación, ni conocía más que una moral natural consistente en los nobles sentimientos que Dios grabó en el corazón humano! Conocimos, pues, que nos habían hecho formar un concepto equivocado de los naturales, y comprendimos que allí costaría más levantar el edificio religioso que en las otras islas.

Al día siguiente de nuestra llegada a esta isla, los misioneros a la orden del Rmo. se desplegaron en guerrilla y emprendieron su

plan de campaña como buenos soldados de Cristo. Unos se dedicaron a tratar con los carolinos, otros a explorar el terreno donde convendría establecerse para hacer la Iglesia y convento; y otros a observar la atmósfera moral que nos rodeaba, a ver si descubríamos en ella signos de tempestad o de bonanza. Los de tempestad fueron tan marcados, que desde un principio presagiamos los sangrientos sucesos que tuvieron lugar cuatro meses después.

Cuando los exploradores hubieron escogido sitio a satisfacción de todos, se empezó una casa provisional, o mejor dicho, una choza que el cuatro de Abril estuvo en condiciones de ser habitada. En este día, que fué Domingo de Ramos, salimos del vapor y nos establecimos en ella definitivamente; pero sin dejar de trabajar para poder vivir con alguna comodidad. En la capilla de la casa se hicieron por primera vez en la Ascensión los oficios de Semana Santa. ¡Oh qué patéticos y sublimes nos parecieron allí los trenos de Jeremías! ¡Con cuánta verdad se repetían allí estas palabras del profeta: L'oran desiertos los caminos de Sión, porque no hay quien venga a su solemnidad... gimen su sacerdotes!... etc., etc.

Muchas cosas pasaron entonces de las cuales ni acordarme quiero; pero debo consignar que por aquellos días el Gobernador de la isla Sr. Posadillo, invitó a los reyezuelos de la misma a rendir las armas (que tenían muchas) y a jurar fidelidad a España, dándoles en cambio la confirmación de su cargo y las insignias de su mando. Al efecto acudieron todos a un templete que se levan-

tó en medio de la plaza. Asistió a la función un gentío inmenso de los naturales. El Gobernardor y los religiosos estaban solos en

ACTO DEL JURAMENTO SOBRE LOS STOS. EVANGELIOS

el templete; la tropa formada ocupaba los puntos que le habían designado; la multitud se apiñaba por todas partes. Por fin se pre-

sentaron los reyezuelos a formular su juramento sobre los Santos Evangelios, recibiendo después cada uno de manos del Gobernador una bandera española y un bastón de alcalde. Se terminó la función con una descarga cerrada y un viva a España, que repitieron todos los carolinos, los cuales en la rendición de armas presentaron más de quinientos fusiles.

Acto continuo y en el mismo templete a vista de los naturales el Rmo. P. Provincial administró el Santo Bautismo a un niño de dos años que apadrinó el mismo Gobernador y al cual se pusieron los nombres de León Alfonso e Isidoro en honor del Sumo Pontífice León XIII, del Rey de España Alfonso XIII, y de su padrino D. Isidoro Posadillo. Las ceremonias de este sacramento llamaron mucho la atención de los carolinos que empezaron a cobrarnos veneración.

Desde este día, que fué el 19 de Abril hasta fin de Mayo se habían bautizado ya quince niños, dos de ellos adultos y por lo general hijos de europeos o americanos allí establecidos, algunos de los cuales eran protestantes; y con serlo no habían nunca consentido que los ministros de su secta administraran a sus hijos el Bautismo. Tanto era el aprecio que hacían de sus pastores, y en tan buenas relaciones debían estar, que ni siquiera los consentían en sus casas. Además de estos bautismos se celebró el Sacramento del Matrimonio entre dos católicos, él polaco y ella carolina, pero educada no se en qué isla de Sandwch.

Mejor, si cabe, se portan todavía los pobres carolinos. El rey de Kiti ha visitado a

los Padres varias veces y les ha enviado varios regalos consistentes en gallinas, frutas del país y objetos de su uso. El rey de Kiti quiso además que un Padre se estableciera en su tribu, para lo cual él le hizo la casa y capilla. En fin, el terreno está bien preparado y promete abundante cosecha. Quiera el Señor dar incremento a su obra, porque sin esto, nada es el que planta, ni el que riega; *sed qui incrementum dat Deus.*

# XVIII

*Un Diácono protestante; su historia; la de los pastores; su misión y objeto.*

ENTRE los pastores protestantes había un zagal, o un *Diácono*, como él se llamaba a sí propio; y este era un indio filipino natural de Zamboanga. Salió de su tierra en un barco que se dirigía a Honkong; con intención de probar fortuna. La tuvo el pobre tan mala, que recorrió varias provincias de la China sin éxito alguno; y por fin se embarcó en un buque ballenero que andaba a caza de aquel cetáceo en el Pacífico. Estando en el buque le dieron unos dolores reumáticos, que le impedían trabajar y como no servía allí más que de estorbo, el capitán lo echó a tierra en la primera isla que abordó, que fué esta de la Ascensión.

Esto pasaba el año cincuenta, y entonces

contaba él treinta y siete años de edad. Cuando vió a estos naturales tan atrasados empezó a enseñarles lo que él sabía, que era bien poco; hasta que al cabo de algún tiempo vinieron allí dos mercaderes protestantes de los Estados Unidos, y se juntó con ellos, haciéndose uno de tantos. Como ya sabía la lengua del país, prestó grandes servicios a los protestantes quienes (son sus palabras) le consagraron de Diácono, le dieron potestad de hacer la cena, de predicar el testamento y de enseñar en la escuela. Este sujeto era el que más perjuicio podía causar a nuestra misión, porque su ancianidad y aparente sabiduría le habían conciliado la veneración de los carolinos y la confianza de los pastores protestantes.

Cuando los soldados filipinos y españoles llegaron a conocerle le echaron en cara su apostasía y el pobre, viéndose acosado, empezó a fluctuar en un mar de dudas; por fin se decidió a ir al convento a tener una conferencia con los Padres. De esta conferencia salió convencido de sus extravíos, y dispuesto a dejar el protestantismo, en el cual parece que no estaba de mala fe. A los pocos días de esta entrevista volvió otra vez, pero ni siquiera entró, sino que dándole al portero un papel le dijo: «Dad esto de mi parte al P. Provincial.» Era una carta cuyo contenido es el siguiente:

R. P. Provincial.

Narciso de los Santos, natural de Zamboanga, hijo de Juan de los Santos, y de María del Rosario:

Habiendo tenido la desaparación (entién-

dase desgracia) de ingresar en la secta de protestantes metodistas, en la cual he permanecido veintisiete años, predicando y enseñando a estos naturales perniciosas doctrinas, y bien persuadido de que fuera de la Iglesia Católica Apostólica Romana no hay salvación, quiero hacer la abjuración pública de mis errores, y pido humildemente ser recibido en el seno de dicha Iglesia Católica Apostólica Romana, en la cual quiero libremente vivir y morir.

Ponapé 4 de Mayo de 1887.
Narciso de los Santos

Esta carta, aunque escrita por el que firma, debió ser dictada por algún paisano suyo más instruido que él en el castellano, pues se diferencia mucho en el estilo de otra que escribió el mismo Narciso, la cual pondremos más adelante.

Viendo, pues, el P. Provincial la sinceridad con que procedía, le dió un catecismo para que se instruyese bien en el dogma católico antes de hacer la abjuración, y al mismo tiempo fuese preparando su familia para recibir el Santo Bautismo. Con esto el bueno de Narciso, antiguo Diácono protestante, se volvió a su pueblo hecho un neófito. Desde allí envió un regalito al P. Provincial con la siguiente carta, a que antes aludimos, la cual copiamos al pie de la letra con todos sus defectos ortográficos.

Kiti 11 de Maü de 1887.

Padre mío: Yo me embío a V. mi Biblia Española y de Ponapé, y una corona de Ponapé y también poquísimo Café y Cacao.

Padre mío: rogará a Dios par siempre por me, así como yo que nunca olbido a V. en mis oraciones.

Padre mío agame la caridad de recordarme a todos los Padres. S. S. S.

N. de los Santos.

En tanto que el catecúmeno Narciso repasaba el catecismo que aprendió en su infancia, y proclamaba en alta voz los errores del protestantismo y la verdad del catolicismo, nosotros nos enterábamos de la vida y milagros de los ministros protestantes y de los decantados adelantos de su misión. No pretendemos aquí escribir su historia, porque tal historia no debe ser para escrita. Unicamente queremos indicar el objeto que tuvo su instalación en esta isla y los medios de que se valían para conseguirlo.

Mientras los españoles tenían abandonadas las carolinas y como relegadas al olvido, compañías alemanas y de los Estados Unidos con sus barcos veleros las explotaban y sacaban de allí cuanto podían. Los barcos iban vacíos y volvían cargados con los productos del país; obtenidos a cambio de antiguas escopetas de chispas, de botellas de licor, de cajas de cerillas, de cintas encarnadas y de juguetes de niños. Una de estas compañías, dándose tintes de religiosa, y mezclando lo divino con lo humano, comerciaba también (con la biblia profanada) allá en las islas de Mars-hall. Algunos de sus individuos tuvieron en su ambición aquel campo por estrecho y se pasaron a ocupar nuestras islas de Gualan y Ascensión, dándose el título de misioneros metodistas. Su barco venía una

o dos veces todos los años y se iba lleno de

NARCISO DE LOS SANTOS

*copra,* (carne de coco) y demás producciones de estas islas. Como se ve, pues, su objeto

primario era comercial, y la religión la miraban como cosa secundaria.

Por aquí se puede deducir los progresos que harían los naturales en el camino de la verdadera civilización. Todo se reducía a saber saludar en inglés y a cantar desconcertada y desgarradoramente fragmentos de Salmos que no entendían. Según el censo que los mismos protestantes presentaron al Gobernador, siete solamente sabían escribir con pluma y tinta, y otros tantos con lápiz. ¡Graciosa distinción! El número de los que saben leer también es muy reducido; pero esto no nos extraña.

El adelanto material es menor si cabe que el intelectual. No hay quien sepa cultivar la tierra, ni quien tenga un instrumento para hacerlo. El tatuaje se usa lo mismo allí que en Yap. Generalmente no llevan más vestidos que el taparrabo, como en las demás islas, y el decir que llevan vestidos y levitas de tanto precio, es una exageración digna de ser desmentida. Es verdad que entre los jefes de las tribus y sus allegados hay quien viste levita con taparrabo o calzones sin camisa; es verdad que se encuentran hombres del todo vestidos y mujeres con su larga bata, pero para introducir este pequeño adelanto ¿cuántos vicios abominables no han introducido allí? ¿cuántas costumbres bárbaras y afrentosas? Allí, pues, no hay civilización, sino cosas que de lejos lo parece, y mirada de cerca se ve que es el colmo de la barbarie.

Para conseguir su objeto comercial y con él esa apariencia de civilización, los protestantes daban disposiciones arbitrarias. Si alguno se negaba a cumplirlas, en nombre

del Evangelio y de la libertad le ponían grilletes o esposas, lo aprisionaban, lo azotaban y le trataban con toda la tolerancia digna de un protestante.

Tales eran los ministros protestantes establecidos en las Carolinas; tal su proceder y tan escasos los adelantos que habían introducido. Pero afortunadamente no han ocupado más que dos islas de las quinientas poco más o menos que componen los archipiélagos.

## XIX

*Empiezan los trabajos en la misión.*
*El mes de María. Fertilidad de la Ascensión.*
*Una escena en el bosque. Su magnificencia.*

FUNDADA ya la misión y construida una pobre casita para defenderse de las inclemencias del tiempo, nuestros misioneros se trazaron la regla de conducta que habían de observar en los principios. El objeto era trabajar todos con actividad en bien de la misión, según las aptitudes de cada uno. Este debía emplearse en catequizar a los infieles; ese enseñarles a leer en el idioma de Cervantes; aquel en componer la gramática y formar el Diccionario de aquella rara lengua; el otro en hacer una huertecita para enseñarles a cultivar la tierra; y los demás en atraerlos, hablándoles de España y sus grandezas. Cada cual cumplía con su deber

¡Oh qué hermosos eran estos cantos y qué dulces recuerdos excitaban en nuestro corazón!

Los pobres carolinos acudían en tropas a

El mes de María en la Ascensión

estos actos y sentados en el suelo con los ojos fijos en la imágen de la Virgen, se quedaban encantados, gozando aquellas dulces impresiones de un culto para ellos descono-

cido. Desde entonces empezaron a conocer las ventajas que hacía nuestra misión a la protestante, y acudían a los nuestros con toda la confianza y toda la sencillez propia del indio: sencillez que a veces no lo parece por la timidez que la acompaña, pues los indios carolinos difieren entre sí muy poco. No así las islas que habitan, que estas difieren entre sí por su extensión y fertilidad; y porque no se crea que conocida la isla de Yap, se conocen todas las de Carolinas: vamos a dar siquiera una ligera idea de la Ascensión.

Esta isla es de formación volcánica y muy montuosa; pero tiene valles deliciosos y algunas mesetas llanas de fácil subida. Desde la arena que besan las olas, hasta la encrespada cresta del más alto monte, todo está cubierto de una vegetación exuberante y lozana, sometida a la influencia de una primavera que jamás se acaba. Toda la isla es un bosque espesísimo, por el que no puede internarse el viajero o, mejor dicho el forastero, sin peligro de perderse. En todas las direcciones la cruzan caudalosos riachuelos, y arroyos cristalinos de frescas y dulces aguas, en las cuales se crían sabrosas anguilas, que los carolinos no comen, porque creen que en ellas mora el alma de algún difunto. Los árboles frutales son tantos y tan fecundos, que por todas partes se encuentra de comer sin más trabajo que el de alargar la mano a la rica piña, al dulce plátano, a la sabrosa papaya, al hermoso coco, a la abundante rima o al verde naranjo. Esto es si no quiere uno inclinarse a coger la caña dulce, el melón maduro, o el ñame y demás tubérculos escondidos debajo de la tierra.

Cualquiera creerá que exageramos la fertilidad de esta isla; pero aun nos atrevemos a asegurar que el que no haya visto la vegetación y las producciones de la zona tórrida no podrá con todo eso formarse idea de la feracidad de aquel suelo, ni de sus gigantescos árboles. El aspecto que allí presenta la naturaleza por todas partes es deleitoso y encantador. No podemos resistir a la tentación de representar aquí algunas de aquellas gratas escenas.

Una tarde habíamos ido dos o tres Padres a pasearnos al bosque, y llegamos hasta el río grande. El sol, que parecía se había posado a descansar en lo alto del monte, que teníamos a la espalda, tardó poco en esconderse, y vimos oscurecer el día a nuestro alrededor. Los pájaros cesaron de cantar y buscaron abrigo entre las ramas del balete, que sostenía el nido de sus amores. El murmullo de las aguas era más suave, y los árboles viejos con el tronco encorvado sobre la corriente, parecían imponerle silencio. Empezamos a sentir el santo horror de los bosques, las voces misteriosas de la naturaleza, y la dulce melancolía de la soledad. La luna se levantaba en el oriente y dejaba caer su plateada lumbre por entre los claros de los árboles hasta el interior de la selva. La hierba, movida por el céfiro formaba con la luz ondulaciones ilusorias. Allá en las aguas esa misma luz reposaba tranquila, cubriendo el océano con un manto de claridad. Desde el zenit hasta el polo brillaban aquellas hermosas estrellas del hemiferio austral, que no vemos en este cielo. Aquellos astros se retrataban en las tranquilas aguas del río, que

teníamos a los pies y parecía que las conste-

EL RÍO GRANDE

laciones del cielo se trasladaban a la tierra. A lo lejos se oía el ruido que formaban las

olas al estrellarse en la playa, o el arrullo de una paloma que reposaban en su nido. ¡Oh que noche tan hermosa y que idea tan grande nos daba del poder y de la hermosura de Dios! Mirábamos al cielo, y allí veíamos escrito su nombre con caracteres indelebles y brillantes, mirábamos a la tierra, y allí descubríamos su hermosura y providencia; mirábamos al océano, y allí estaba retratada su inmensidad. Nuestras almas embriagadas de un placer inexplicable que sólo en la soledad se experimenta, no acertaban a pronunciar más que estos versos de Zorrilla:

Señor, yo te conozco
Mi corazón te adora.

Y bendiciendo al Sumo Hacedor, tomamos el camino de casa.

## XX

*Vuelta de la Ascensión a Yap; progresos de esta misión; la primera familia cristiana; sentimiento de los carolinos por nuestra venida; regreso a Manila.*

El último día de Mayo fondeó en aquel puerto la fragata de guerra María Molina, con ochenta y cinco días de navegación, pues vino a vela y con viento de proa. El objeto de su venida era quedarse de pontón en aquel puerto para custodia de la colonia, y como esto era lo único que detenía allí al vapor «Manila» que nos había traído, no bien tomó posesión del puerto la hermosa fragata, cuando aquel se dispuso para volver a la capital de Filipinas. Nosotros nos vimos precisados a prepararnos también para el viaje. Antes de sa-

lir tuvimos el consuelo de ver la misión sólidamente fundada y libre, al parecer, de los peligros que en un principio la amenazaron; y digo al parecer, porque trece días después de haber salido nosotros comenzaron las rebeliones y sangrientas escenas que tanto han dado que hablar, y en las cuales no me ocupo, porque quiero dejar intacto ese asunto a la gallarda pluma que acometa la empresa de escribir la historia de nuestra dominación en aquellas islas que dejaron de ser españolas.

Por fin llegó el día de la marcha: limpiándonos las lágrimas de los ojos, salimos de aquella casa que nosotros ayudamos a fabricar, y nos despedimos de aquellos carísimos hermanos, que dejábamos a cuatro o cinco mil leguas de España, en vísperas de una terrible y sangrienta persecución.

El día 16 de Junio por la mañana salimos de la Ascensión con dirección a Yap. El mismo día cortamos el meridiano de las islas Parkins, y en los siguientes las otras que ya conocen nuestros lectores: Truc con sus altos montes, y Pulusuc con sus bancos de coral. El 22 llegamos a Sorol, isla que hacía cerca de cien años no era visitada por ningún buque español, y que según dijeron, aquel era el primero que veían de vapor. Como de Sorol a Yap hay pocas millas, llegamos a ésta a la mañana siguiente. La entrevista con nuestros misioneros no fué menos interesante que la que en su lugar dejamos descrita. Lo que nos causó admiración fueron los adelantos de la misión y cuanto había prosperado, gracias a los trabajos de los Padres, al buen comportamiento del Gobernador y ofi-

ciales, y a la buena armonía que reinaba entre todos.

Cerca de la casa Misión había trazado especie de pueblo. Estaba la casa del practicante y su familia, la enfermería y otras casas en línea recta construídas por orden del Gobernador, para las familias que se bautizaban y se hacían cristianas. En estas casas había sus camas, sillas, platos, vasos y el cajón de costura con su máquina para la labor de la mujer. Al rededor tienen una especie de huerto para el trabajo del marido y recreo de los chicos: y a esta choza y huerto que aquí serían de ningún valor, se les llama allí la casa modelo; y lo es verdaderamente, si se compara con las de los pobres carolinos.

Una de estas casas la ocupaba la primera familia que los Padres catequizaron. Se componía de marido y mujer solamente, pues una niña que tuvieron se murió pequeñita. Ambos son de unos treinta años; él se llamaba Guimedat y ella Cicmat. Estos fueron los primeros que se relacionaron con los Padres, y los que más abrieron su corazón a las inspiraciones de la gracia. Completamente instruídos en los misterios de nuestra santa fe, esperaban con vivas ansias la llegada de N. Rmo. P. Provincial para ser bautizados, y elevar a Sacramento el contrato matrimonial, pues los misioneros habían reservado para su digno Provincial el honor y el consuelo de casar a los primeros cristianos naturales de la isla.

Guimedat vestía ya a la europea con un traje que los Padres le habían proporcionado, y Cicmat llevaba un hermoso vestido regalo de su futura madrina. El cortarse el ca-

bello, tirar el taparrabos y ponerse estos vestidos, costó un día de llanto a las familias de ambos; pero a pesar de eso, viendo que ganaban, les animaron ellas mismas a proseguir la nueva vida; pues sólo sentían ver que dejaban las venerandas e inveteradas costumbres de sus mayores.

Llegó el deseado (26 de Junio). Nuestro P. Provincial, revestido con los ornamentos sagrados, dió principio a la solemne, majestuosa y larga ceremonia que el ritual romano prescribe para el bautismo de adultos. Los apadrinaban el Gobernador de la isla y la señora de Medina, (médico de la colonia.) cada cual había regalado a su ahijado un traje nuevo: Guimedat vestía de negro, Cicmat de blanco. La concurrencia era numerosa y miraba absorta las augustas ceremonias. Derramando de sus ojos dulces lágrimas de consuelo y gratitud, inclinaron la frente sobre la pila bautismal; las aguas regeneradoras cayeron sobre sus cabezas; Dios los aceptó por hijos y la Iglesia los recibió en su seno, con los nombres de sus padres espirituales. El se llamó Mariano y ella María.

A la ceremonia del bautismo siguió la del casamiento. ¡Qué admirable sencillez! Dos esposos que acababan de renunciar a Satanás y al mundo con sus pompas y vanidades, se juran al pie del altar santo una fe inviolable y perpétua. Uno había de vivir solamente para el otro, y ambos para Dios. Las vecinas palmeras y los árboles del bosque debieron admirarse de un juramento tan santo y de un amor tan puro, allí jamás conocido, juramento y amor que el ministro de Dios confirmó con la bendición del Padre, del Hijo y

del Espíritu Santo. De más está añadir que estos dos esposos son felices, católicos fervorosos y modelo de virtud. Para confusión

BAUTIZO DE DOS CAROLINOS

nuestra diremos aquí que María, desde que fué instruída, antes de ser bautizada, guardaba con esmero la presencia de Dios. Este fruto que la semilla divina produce en aque-

llas almas consuela a los misioneros y les hace olvidar todos sus trabajos.

El día que salimos de Yap nos costó casi tanta pena despedirnos de los nuevos cristianos y de los neófitos, como el despedirnos de nuestros propios hermanos. Nos rodearon por todas partes, se echaron a llorar y no querían dejarnos ir. ¡Qué!... ¡Tan mal le tratamos nosotros! ¿Tan indignos nos hemos hecho de los dones del cielo? ¿Quién nos enñará las cosas de la otra vida? ¿Quién instruirá a nuestros hijos? ¿Por qué os vais, Padres? A todas estas cosas respondíamos: Vamos a buscar misioneros. Aquí era el alegrarse y gritar en su lengua; que sí: que sí: que vengan más. Al ver estas sencillas demostraciones, se veía uno tentado a quedarse allí, y a olvidarse de esta España, donde tan poco caso se hace hoy de la palabra divina. Pero nuestro deber nos llamaba a la Península, y abrazando de nuevo a nuestros misioneros nos vinimos al vapor. Este se puso en movimiento al medio día con rumbo a Manila: era el 27 de Junio.

El primero del mes siguiente doblamos el cabo San Agustín y pasamos al estrecho de Sarangani. En la costa de Mindanao se dejaron ver ocho ballenas, y extensas manchas en el mar de color de sangre; los marineros tiraron un balde al agua para ver lo que era; sacaron y resultó una infinidad de gusarapos colorados, que enrojecían la superficie del mar. El día 2 de Julio a media noche llegamos a Zamboanga; el 4 salimos para la Isabela, y de allí, llevando de remolque al cañonero *Sama*, nos dirigimos hacia Manila, a donde llegamos el 7 ya de noche. Los dignos

religiosos que habíamos dejado en aquella residencia, salieron a recibirnos, y en su grata compañía pasamos los pocos días que mediaron hasta que emprendimos el viaje de regreso a España.

## XXI

*Regreso a España: una puesta de sol en el mar Indico; fin del viaje; acción de gracias.*

CUANDO nosotros llegamos a Manila el tiempo estaba en plena colla, como dicen por allí. Los chaparrones se sucedían con una fuerza y una rapidez espantosa. El Pasig había salido de madre, y los barrios bajos de la ciudad estaban inundados. El viento era tan fuerte, que parecía ramificaciones de un huracán. Con él, y con las avenidas del río, estaba la bahía tan furiosa, que era imposible arrimar lanchas a los barcos para cargarlos. Por este motivo el correo español *Isla de Luzón* tuvo que abrigarse en *Cavite*, para recibir la carga, y allí fué preciso ir a buscarlo para embarcarse. Contaremos entre los ratos más angustiosos de nuestra vida la

travesía de Manila a Cavite en una lancha de vapor, que era juguete de las olas. ¡Qué vaivenes tan terribles! ¡Qué golpes de mar tan espantosos! Por fin llegamos salvos al deseado *Luzón*, pero sin aliento para respirar y sin alimento en el estómago.

El día de nuestro glorioso patrón el Apóstol Santiago, nos despedimos de la ciudad de Legaspi y emprendimos la marcha para España. El mar de la China, contra toda esperanza, estaba regularmente tranquilo. Hicimos escala en Singapor, pero no nos acercamos a su puerto, porque se habían dado en la ciudad casos sospechosos de cólera.

El día 1.º de Agosto salimos de Singapor, y como no había que hacer escala en Colombo, al salir del estrecho de Malaca, dejamos el golfo de Bengala, y bajamos hacia el Ecuador a buscar la zona de las calmas. El día 7, cortamos el meridiano de Ceilán, al siguiente pasamos por entre las Maldivas meridionales, y al remontarnos hacia Guardafuí tuvimos unos días de mal tiempo. Aquí en el mar Indico tuvimos también una puesta de sol hermosísima, de esas que sólo se ven en la inmensidad del Océano.

El astro del día a punto de sumergirse en las ondas, se descubría allá en el confín del horizonte. Por todas partes se veía el doble azul del firmamento y de las aguas, excepto en algún punto de la superficie, en que se encrespaban las olas y parecían blancos rebaños paciendo en la verde campiña; y allá en la parte de levante pardas nubecillas que vagaban sin orden ni concierto, mudando de posición a cada momento. Nosotros contemplábamos este admirable cuadro desde el

puente con el Capellán del barco. Desde allí se percibía el ruido que hacía la proa cortando las olas; se veía las espuma que la hélice levantaba en su movimidnto evolutivo y las chispas fosforescentes, que saltaban a los lados del vapor; con los balances que este daba, parecía que el sol se estaba meciendo y quedando adormecido sobre un lecho de espuma; las nubecillas que le cercaban, formando rubio celaje, figuraban un manto de púrpura, con que el Angel de la noche iba a cubrir al rey de los astros; y la mar, silenciosa en aquel instante, parecía que convidaba a rendir adoración al Todopoderoso, que. ocultando al sol en el hemisferio opuesto, hacía venir la noche para descanso del hombre.

Nosotros cedimos a esta invitación de la naturaleza, y en silencio recitamos esta oración del cantor de los mártires: «¡Oh Dios de los cristianos! En las aguas del Océano y en la inmensidad de los cielos has grabado de un modo indeleble los signos de tu omnipotencia! ¡Allí millones de estrellas centellean en su azulada bóveda! ¡Aquí un mar sin orilla y sin fondo! ¡Lo infinito en el cielo y el mar! Jamás, Señor, he conocido tanto tu grandeza, como ahora que, suspenso entre el cielo y el abismo, veo la inmensidad sobre mi cabeza y la inmensidad bajo mis pies!» Esta es la oración espontánea, que brota de todo corazón cristiano, al encontrarse en las inmensas llanuras del mar.

Pocos días deepués de haber contemplado la escena referida, dejamos atrás la isla Socotora y llegamos al puerto de Aden el día de la Asunción de Nuestra Señora... Al día

siguiente entramos en el mar Rojo; pasamos el estrecho de Perim, y la ciudad de Moca; tuvimos tres días de calma y de un calor sofocante, pero cedió al entrar en el golfo de Suez, a pesar de hallarnos encallejonados entre los peñascosos montes de Arabia y del Egipto. El veinte por la tarde entró el barco en el canal, haciendo noche en la primera estación frente a Suez. El veintiuno pasamos los lagos amargos, el de Tunsah y Menzaleh, y el veintidos fondeamos en Por Said. Puestos ya en el mar que baña nuestras costas, veníamos hacia ellas con la velocidad del aire. Vimos el faro de Damieta, dejamos atrás el archipiélago de Malta, llegamos a Pantelaria, pasamos el cabo Bon, alcanzamos a Cerdeña, saludamos a Menorca, fondeamos en Barcelona, y volvimos a pisar otra vez esta tierra bendita entonando al Eterno un himno de gratitud.

Aquí damos fin a la historia de nuestro viaje; pero no sin levantar ante los ojos a tí, ¡oh Estrella de los mares! y darte gracias también por los peligros de que nos libraste, pidiéndote al mismo tiempo que desde el cielo dirijas una mirada a todos nosotros y eches una bendición a las islas Carolinas y aquellos misioneros hijos tuyos.

Y tú Angel de los viajeros, príncipe Rafael, adiós también, y admite benigno esta demostración de gratitud. Yo te invoqué al entrar en el barco, que me alejó de la amada patria, y tú me escuchaste. Tú viniste conmigo y fuiste mi guía. Tú me enseñaste los arenales de Egipto, las palmeras del desierto, las grutas de Tebaida, el mar que sirvió de sepulcro a Faraón, y aquel monte santo donde Jeho-

va promulgó su ley. Contigo recorrí el mar de las Indias, contigo saludé los canelos de Ceilán, y tú me enseñaste a despreciar una civilización que embrutece al hombre. Tú me llevaste desde las riberas del Llobregat a las del Pasig; me hiciste surcar las olas del Pacífico; me diste aliento en la tempestad, me condujiste a la choza del salvaje y me hiciste admirar las grandezas de Dios en los bosques de Ponapé. Tú me llevaste y me has vuelto sano como al hijo de Tobías. ¡Gracias, espíritu bienhechor!

Y ahora al despedirme de tí, permíteme que te haga una súplica: sé tú mi compañero durante la peregrinación de esta vida, y en la hora de mi muerte, al emprender el viaje de la eternidad, condúceme a los pies de María, mi Madre, para que con Ella bendiga eternamente al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos.

# INDICE


| Capítulos | | Págs. |
|---|---|---|
| I. | —Barcelona: despedida en el vapor.—Noche pasada en el golfo de Lyón.—Túnez, Cartago y Malta. . . . . | 9 |
| II. | —La isla de Gáudio.—Creta.—El golfo de Alejandría.— Damieta. — Egipto. — Port-Said. . . . . | 17 |
| III. | —El canal.—El puente de la Virgen.—Ismailia y el valle de Gesén.—Lagos amargos. Suez . . . . . | 25 |
| IV. | —El mar Rojo.—Las fuentes de Moisés. —El Sinaí.—La Tebaida.—Costas de Nubia y Abisinia.—Costa arábiga.—Perin.—Calores del Trópico. . . . . | 32 |
| V. | —Aden.—Entrevista con nuestros misioneros.—Breve descripción de la ciudad. —Noticias.—Salida para Colombo. . . | 38 |
| VI. | —La isla Malique.—El Cabo Comorín — Colombo.—Costumbres que observamos en sus habitantes.—Salida para Singapor.—Estrecho de Malaca. . . . . | 45 |
| VII. | —Estrecho de Malaca.—Restos de un naufragio.— Singapor.— Cosas que en ella pasan.—Un entierro chino. . . . | 53 |

Capítulos Págs.

VIII.—Salida de Singapor: el mar de la China: el Corregidor.—Manila: entrevista con nuestros misioneros: carácter del indio filipino: se prepara el nuevo viaje. . 61
IX.—Viaje a las Carolinas.—Salida de Manila: ocho náufragos de Mindoro: historia de su naufragio: Zamboanga: Isabela: Pollok. . . . . 70
X.—Salida de Pollok: temporal que tuvimos en el Pacífico.—Palaos: llegada a Yap y entrevista con nuestros misioneros. . . . . 77
XI.—Isla de Yap: su fáuna y flora: sus habitantes: usos y costumbres: trajes y adornos: pueblos: construcción de casas, etcétera. . . . . 85
XII.—Religión y moral de los habitantes de Yap . . . . . 95
XIII.—Situación de los Religiosos al saltar en tierra: su primer albergue: compran un terreno para instalarse: plantan en él la Cruz: trabajo que les cuesta hacer una choza donde meterse. . . . . 99
XIV.—La nueva casa de los misioneros: un bautismo protestante: castigo evidente: pascua de Navidad . . . . . 105
XV.—El primer bautismo: Doña Bartola: una expedición al Sur de la isla: recuerdos y esperanzas . . . . . 111
XVI.—Escenas carolinas: la caja de cerillas: el reloj: el crucifijo: la Virgen del Buen Consejo: el espejo. . . . . 119

Capítulos Págs.

XVII.—Salida de Yap: Islas que se encuentran antes de llegar a la Ascensión: Llegada a esta última: Casa provisional: Semana Santa: Rendición de armas y primer bautismo en Ponapé. . . . . 129

XVIII.—Un Diácono protestante: su historia: la de los pastores: su misión y objeto. . 137

XIX.—Empiezan los trabajos en la misión—El mes de María—Fertilidad de la Ascensión.—Una escena en el bosque.—Su magnificencia . . . . . 144

XX.—Vuelta de la Ascensión a Yap: progresos de esta misión: la primera familia cristiana: sentimiento de los carolinos por nuestra venida: regreso a Manila. . 151

XXI.—Regreso a España: una puesta de sol en el mar Índico: fin del viaje: acción de gracias. . . . . 158